

BIBLIOTECA MUNDO HISPANO  
**DEVOCIONALES**

**AMOR, ASOMBROSO AMOR**

*por Corrie Ten Boom*



EDITORIAL MUNDO HISPANO

© 2006

AMOR,  
ASOMBROSO  
AMOR

CORRIE TEN BOOM

Publicado originalmente en inglés con el título *Amazing Love*, Christian Literature Crusade. Traducido con permiso y publicado originalmente en español por Ediciones SEA, Córdoba, Argentina. Todos los derechos reservados prohibida su reproducción total o parcial.

EDITORIAL MUNDO HISPANO

## Prólogo

Tal vez el libro más conocido que ha escrito Corrie ten Boom es *El Refugio Secreto*. En su edición original ha sido leído por miles de personas y ahora en su versión castellana, publicada por Editorial Vida, es tan popular que es difícil tener suficientes copias en prensa para todos los que lo quieren leer. Este libro relata, entre otras cosas, cómo Corrie ten Boom, estando aun en un campo de concentración Nazi, en medio de un sufrimiento espantoso y a raíz de la enfermedad mortal de su querida hermana mayor, recibe como bálsamo de sus labios una visión y una profecía. La visión tenía que ver con su liberación del horrible lugar en donde se encontraban y de su vida más allá de la prisión. La muerte fue el ángel libertador de la hermana, pero Corrie fue librada de una manera milagrosa y al comenzar su vida de nuevo fuera de la prisión, puso en práctica lo que había aprendido acerca del amor y la vida del Espíritu en la dura escuela de su encarcelamiento.

La continuación del relato comenzado en *El Refugio Secreto* se halla en *Amor, Asombroso Amor*. Fue publicado originalmente por Editorial SEA de Córdoba, Argentina, que ahora ha cedido a Editorial Mundo Hispano la oportunidad de continuar su eficaz ministerio. En este libro seguimos la peregrinación de Corrie ten Boom después que fue librada del campo de concentración. Es verdaderamente asombroso cómo el Espíritu de Dios puede obrar por medio de un corazón completamente entregado al Señor. La gran mayoría de personas egresadas de campos de concentración, sin Cristo, están tan llenas de odio que sus vidas son una carga para ellos mismos y para los demás con quienes se relacionan. Corrie ten Boom tenía el Espíritu del Señor en su vida y al salir de su encarcelación ella esparce la dulce fragancia del amor en todos sus viajes y sus encuentros con gente de todas las clases sociales y muchas nacionalidades.

Le invito a usted a que siga las huellas de esta fiel peregrina y que vea cómo Jesús controla su vida y cómo el incomparable amor del Crucificado se refleja en todas sus palabras y acciones. Me parece que le será imposible seguir siendo la misma persona de antes. Sentirá arder en su corazón el anhelo de ser “lleno del fruto del Espíritu” como lo es ella.

Siga adelante con la lectura y que llegue a rendirse totalmente al mismo Señor de Corrie ten Boom. Que él tome posesión de su corazón como lo ha hecho con Corrie y conmigo y que llegue a ser el reflejo de su asombroso amor tal como descubrirá que lo es ella en las páginas de este hermoso libro.

## Prefacio

“ME SERÉIS TESTIGOS”, dijo Jesús a sus discípulos, “hasta lo último de la tierra”. En ese número se cuenta a Corrie ten Boom. Habiendo descubierto por propia experiencia la victoria que vence al mundo, en medio de los horrores de un campo de concentración, no puede guardarse el secreto. Se ha convertido en testigo universal, real trovadora de Cristo. En estas páginas comparte con sus lectores, con la vividez que le imparte la experiencia personal, contactos y conversaciones con toda suerte de personas, desde los que disfrutan de un campamento, hasta los reclusos en las cárceles; desde las actrices hasta los estudiantes; desde la gente del gran mundo hasta los analfabetos.

Cuando terminé de leer el manuscrito dije como los discípulos de antaño: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino?” Me encontré no con Corrie, sino con el Cristo de Corrie.

Fui bendecido una y otra vez por los ejemplos de su dependencia en él como fuente de sabiduría, por las respuestas de Cristo a su fe y por su proceder prudente a la vez que agradable, con los que ha logrado encaminar a tantos hacia él.

Que muchas de las personas que lean estos capítulos vivientes vean a Cristo nuevamente como nuestra Suficiencia, para ser llevados, como lo he sido yo, a una fe más valerosa y osada.

NORMAN P. GRUBB

# Indice

1. Proyectos
2. El perdón
3. El camino de regreso
4. Una fiesta inesperada
5. No tengas temor
6. La Palabra de Dios, viva y verdadera
7. El mar es profundo
8. A Alemania nunca más
9. Mi sermón de chocolate
10. Predicando el evangelio en Palabra y en hecho
11. Otrora soldado de Hitler
12. Holanda
13. El Autor de nuestra fe
14. La oración intercesora
15. Refugiados en desgracia
16. Sillas para el campamento
17. Hollywood
18. En Londres
19. May
20. Suiza
21. Deudas pendientes
22. Las Bermudas
23. Las finanzas
24. La Segunda Venida
25. Dos niñas
26. Los hijos de luz no deben andar en tinieblas
27. La vida eterna

# 1. Proyectos

## *Los corazones humanos son notablemente parecidos*

**E**L SILENCIO de la noche había caído sobre setecientas mujeres que yacían apiñadas en los galpones de un campo de concentración.

Bep, mi hermana, me despertó y me repitió en voz baja, lo que Dios le había dicho del trabajo que habríamos de hacer después de nuestra liberación.

“Debemos abrir un hogar para aquellos que han sufrido tanto aquí y en otros lugares adonde la vida ha sido trastornada por la guerra. Pero, lo más importante de nuestra tarea, será decir a todo el que escuche, que Jesús es la única solución para los problemas que están perturbando el corazón del hombre y de las naciones. Tendremos el derecho de hablar, porque podremos decir por propia experiencia que Su luz es más poderosa que las más profundas tinieblas. Por cierto que nada podría ser más oscuro que nuestras experiencias aquí. Todos los días me digo que no pueden empeorar ya las cosas, pero cada día vemos que el dolor se hace más intenso. ¡Qué maravilloso es que la realidad de Su presencia es mayor que la realidad del infierno que nos rodea! Tendremos que viajar mucho, pero no vamos a gastar nuestras energías en la recolección de fondos. Dios proveerá lo que necesitamos: dinero, salud, sabiduría y los idiomas necesarios. Todos nuestros esfuerzos tendrán que usarse en la predicación del Evangelio, pues tendremos muchas oportunidades.

Los ojos de Bep no veían la miseria ni la suciedad de la aglomeración en que estábamos. Ella estaba mirando el futuro y un resplandor de felicidad iluminaba su emaciado rostro.

Falleció tres días después. Diez días más tarde, una semana antes de que debían ser muertas todas las mujeres de mi edad, yo fui liberada del campo de concentración.

En este libro quiero describir algunas de mis experiencias durante esos primeros años de constante viajar. ¿Por qué hago esta vida? Porque he descubierto que hay mucha gente que necesita este mensaje.

Los corazones humanos son notablemente semejantes. Al hablar con las personas de Estados Unidos, de Inglaterra, de Suiza, de Alemania y de Holanda, encuentro con frecuencia la misma necesidad, la misma ignorancia de lo que podemos ser en Cristo Jesús, si aceptamos la Biblia como la Palabra

de Dios, la Palabra que nos enseña que lo insensato de Dios es más sabio que los hombres y del amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento.

Cuando leemos la Biblia no debemos usar como nuestro guía, ni la sabiduría de los hombres, ni las reglas de nuestro propio razonamiento.

Una vez fui pasajera a bordo de un barco dirigido por radar. La niebla era tan densa que no podíamos ver el agua que nos rodeaba. Pero la pantalla del radar delataba la presencia de otro barco más adelante. El radar penetraba la niebla y señalaba su imagen.

La fe es el radar que ve la realidad a través de las nubes.

La realidad de la victoria de Cristo puede ser vista únicamente por la fe que es el radar nuestro. Nuestra fe percibe lo que es real y verdadero; nuestros sentidos perciben únicamente lo que está limitado por las tres dimensiones y comprendido por nuestro intelecto. La fe ve mucho más.

No soy intelectual, pero mucho de lo poco que sé, lo he aprendido al enfrentarme con la muerte ante los incineradores de Ravensbruck. Es por eso que Dios me usa frecuentemente para ayudar a quienes saben mucho más que yo.

## 2. El Perdón

“Y cuando estuviereis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone también a vosotros vuestras ofensas.” Mar. 11:25.

*¿Por qué retenemos los pecados de otros cuando nuestros propios pecados han sido echados en la profundidad del mar?*

YO ESTABA de visita en una chacra en las vastas llanuras de Kansas. ¡Qué dilatado el horizonte en aquel lugar! ¡Y qué límpido el aire! Los holandeses estamos acostumbrados a una difusión de color y de contornos en nuestro paisaje, debido a la atmósfera. Pero en Kansas la visibilidad es perfecta a trescientos metros o más. A la caída del sol, las sombras de los establos, de las vacas y aun de los penachos del maíz, se proyectan con contornos bien definidos.

La familia que me hospedaba era numerosa. Me gusta enormemente ser recibida en el seno mismo de una típica familia norteamericana. La hija menor terminaba la escuela secundaria, y todos pensábamos acompañarla la semana siguiente en su fiesta de graduación.

¿Todos? Una sombra amenazaba la alegría de ese día feliz. Hacía unos meses que había ocurrido una discusión entre el padre y su hijo mayor. En un arranque de ira el padre había expulsado al muchacho y le había prohibido volver a cruzar el umbral de la casa. La madre me relató en confianza el doloroso incidente. Para ella la alegría de los festejos de graduación de la niña se veían ensombrecidos. “Mi hijo tiene una chacra cerca de aquí”, me dijo, “pero estoy segura que no ha de querer venir”.

Oramos juntas y esperé la oportunidad que sabía que Dios me daría.

Las experiencias de la chacra me estaban resultando sumamente interesantes. Había ayudado a conducir el tractor y, aunque el chacarero iba parado detrás mío, estaba orgullosa de haber agenciado los ángulos con tanta maestría.

Una tarde anduve a caballo. Toda la familia salió a mirarme cuando estuve lista para montar. El caballo se tornó difícil e ignorando por entero las riendas, se fue al bebedero y comenzó a tomar agua y, más aun, metió las patas delanteras dentro del bebedero mismo. Tuve mucho que hacer para evitar que me despidiera. Por fin, con la ayuda de todos, pude conducir el caballo hasta el camino, pero tuve que soportar muchas bromas y consejos jocosos en cuanto a mi primera lección. Una vez en el camino, todo anduvo bien. El caballo se



serenó. La interminable llanura se extendía ante mí y con cuánta alegría llenaba mis pulmones con el aire puro. El viento mecía el maíz y corría entre mis cabellos.

¡Qué belleza hay en mirar el mundo desde el lomo de un caballo!

Luego se acercó el chacarero para acompañarme y, casi sin darme cuenta, allí se me presentaba la oportunidad por la que habíaorado.

“¿Haorado usted alguna vez, ‘Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores’?” le pregunté.

“¿Sabe usted lo que ha sido de sus pecados? Si usted cree en Jesucristo y le pertenece, sus pecados han sido echados en la profundidad del mar, y el mar es muy profundo. Pero Dios espera que usted perdone los pecados de su muchacho y que los eche en lo profundo del mar también. Imagine usted sus sentimientos si hubiera otra guerra y su hijo tuviera que volver a la lucha y fuera muerto en acción. ¿No cree que tendría que perdonarlo ahora mismo? El amor que Dios tiene para usted en Cristo Jesús es el mismo amor que El pondrá en el corazón de usted por Su Espíritu. Si usted abre su corazón para recibirlo, entonces el amor de Dios se hace amor suyo, y el perdón de Dios se hace perdón suyo.”

Durante toda la conversación continué orando que el demonio de la amargura no ganara la victoria en el corazón del buen hombre.

Después de seguir un tiempo en silencio, me dijo de pronto: “Voy a ver a mi hijo esta noche misma. ¿No me acompañaría usted?”

Así lo hicimos. El padre estaba un poco incómodo al entrar a la casa del hijo. El joven levantó la vista sorprendido. Luego el padre puso una mano sobre el hombro del muchacho y dijo — ¿sería posible? — “Hijo mío, ¿me perdonas?”.

Me di vuelta y me alejé rápidamente hacia el otro lado de la casa pero pude oír la respuesta del hijo: “Pero, padre, soy yo quien debo pedirte perdón”.

La fiesta de la escuela fue todo un éxito.

### 3. El Camino De Regreso

*Ayer es un cheque cobrado.*

*Hoy es efectivo en mano.*

*Mañana es un pagaré para aquellos que aceptan la victoria de Jesús.*

**H**ACE AÑOS, cuando mi padre ayudaba en la rehabilitación de los presos, me preguntó si yo le acompañaría a visitar las celdas. “Por favor, papá, no me pidas que haga eso”, le contesté. “No me animaría ni a entrar a una cárcel, mucho menos a una celda.”

Pero, ahora que yo mismo he sido reclusa, este temor se me ha desvanecido completamente y procuro en toda oportunidad posible predicar el evangelio en las cárceles.

Había recibido una invitación para visitar a Sing Sing y estaba lista para ver esa moderna institución penal.

En la playa de estacionamiento estaban los automóviles de un equipo de fútbol que había venido a medirse contra el equipo de Sing Sing.

Varios portones se abrieron y cerraron tras nosotros, y luego, un camión celular nos llevó hasta la colina en cuya cumbre se levantan los edificios. No pude evitar el recuerdo del camión celular en que se me había llevado a la prisión de Scheveningen. Aparte de esto, no había aquí nada que se pareciera a aquella otra cárcel. Estos edificios ni parecían de prisión.

En un espacio libre frente a la capilla había numerosos presos caminando libremente, sin uniforme. El paisaje hacia el río era hermoso.

Dentro de la capilla había un centenar de presos y sólo un guardia. El culto parecía un servicio religioso corriente. Los hombres cantaban con entusiasmo y uno tras otro elegía algún himno. Varios de los presos seguían por correspondencia, cursos de estudio bíblico del Instituto Moody. Se desarrollaba todo en forma tan abierta y llana que me fue fácil hablar. Mi texto era:

*“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados... contra malicias espirituales en los aires” (Ef. 6:12).*

Les conté a los hombres que en Ravensbruck adonde tan frecuentemente veía la muerte a mi alrededor había comprendido de pronto que la vida es, después de todo, muy sencilla pero que somos nosotros quienes la hacemos

complicada. El diablo es más poderoso que nosotros, pero Jesús es más poderoso que el diablo. Si pertenecemos a Jesús, estamos de parte de la victoria. Jesús vino a destruir las obras del diablo. No sólo estamos esforzándonos hacia la victoria, sino que estamos luchando desde la posición de victoria.

Después del culto, varios de los reclusos vinieron a saludarme. Con uno de ellos, un hombre de color, mantuve una larga conversación, y por fin me dijo: “Hacía mucho tiempo que estaba buscando el camino de regreso sin hallarlo. Ahora sé — Jesús es el camino.”

## 4. Una Fiesta Inesperada

*Dos malhechores fueron crucificados en el Calvario:  
¿cuál de ellos eras tú?*

EN LOS pueblos pequeños y en las aldeas de Estados Unidos, la casa del comisario sirve a menudo de cárcel también. Un domingo a la tarde toqué el timbre de una cárcel de pueblo y pregunté si podría hablar con los presos.

“Sí, adelante”, dijo el comisario. “No tenemos muchos clientes en este momento pero, si a usted le parece que vale la pena, tendré mucho gusto en llevarla.”

Era una prisioncita miserable. En un lado de las celdas estaban abiertos los barrotes de las puertas. Un angosto pasillo frente a las celdas, también con barrotes, me permitía ver las pequeñas ventanas con rejas. Había sólo tres presos: un hombre y dos muchachos.

Ahí mismo tuve una de esas raras fiestas espirituales que vienen tan inesperadamente en la vida. Me senté en el estrecho pasillo frente a las celdas y comencé a hablar, con mi Biblia abierta sobre las rodillas. El hombre estaba sentado sobre un banco, junto a una mesa. Uno de los muchachos estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra las rejas. El otro muchacho estaba parado contra la puerta de su inmunda celda.

Después de haberles hablado de la victoria de Cristo sobre el pecado, el hombre comenzó a hablar. Me contó su historia de crimen y de ebriedad y luego, dándose vuelta hacia el muchacho, le dijo:

“Lo que ella acaba de decir es cierto. Recién cuando vine aquí a cumplir la sentencia, he hecho lo que ella aconseja. Le he dicho que sí a Jesús. Y no es difícil. Yo creía que lo sería, pero no lo es. ¿Recuerdas lo que nos decía acerca de la fe que es como una pantalla de radar que muestra el barco oculto por la niebla? Es exacto. Yo había visto siempre las nubes y la niebla sin saber que podía haber un barco allí. Ahora, de pronto, lo veo. Jesús es una realidad. Te ama tanto que aunque fueras el único ser humano sobre la tierra, todavía creería Jesús que valías el sacrificio de Su muerte en la cruz.”

“Nunca he tenido a nadie, ni una sola persona que me quisiera”, dijo el joven.

“Entonces, has hallado tu Señor ahora, porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su hijo unigénito para que todo aquel — te

incluye a ti también — que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Esa tarde ambos muchachos rindieron sus vidas a Cristo.

## 5. No Tengas Temor

*No preguntes: “¿Qué puedo hacer?” sino  
“¿Qué es lo que El no puede hacer?”*

**N**O SIEMPRE resultan las cosas tan bien como en la casa de aquel comisario de pueblo.

Un día se me invitó a integrar un equipo que trabajaba en forma continua en una gran cárcel. Era un edificio rarísimo. Pusimos nuestro armonio portátil en un largo y angosto pasillo con rejas en ambos extremos. Sólo tres caras se veían tras los barrotes de las celdas a nuestra derecha e izquierda. Por lo visto yo tendría que girar la cabeza de un lado a otro mientras hablaba.

Una de las señoras en el grupo inició el culto cantando un himno acompañada al armonio. Cantó en forma un tanto afectada y la reacción distó mucho de ser favorable. En ambos extremos del pasillo comenzaron los presos a dar alaridos, a gritar y chillar en un esfuerzo por ahogar la voz de la cantante. Pero ella siguió con toda tranquilidad. Entremezclado con todo podía oír yo las risas despectivas y burlonas. Un joven de nuestro grupo comenzó a orar con voz amanerada. El resultado fue aun peor. Los presos encontraron un balde y lo hicieron rodar en el piso. El ruido aturdí. “Señor”, oré, “¿Tengo que hablar en este lugar? No puedo, no puedo”, dije con desesperación.

“No temas; cree solamente. Puedes hacer todas las cosas por Aquel que te fortalece. Habrá una gran victoria”, me dijo el Señor en mi corazón.

Me anime a empezar. El tumulto empeoró. Se tiraron los bancos al suelo. Gritos infernales nacían de todas partes. Pero, ya no tenía miedo. Había recibido la promesa de la victoria y traté de levantar mi voz por encima del desorden. Grité a todo pulmón: “Cuando estuve confinada en una celda solitaria durante cuatro meses...”

Hubo de pronto un silencio absoluto. ¿Qué? ¿Esa mujer, sola en una celda durante cuatro meses? Los presos siempre me tienen lástima cuando relato esta parte de mi vida. Estar confinada en soledad, incomunicada, es un castigo severo en cualquier parte del mundo. Muchos presos han aprendido esa verdad por triste experiencia.

Por encima de las cabezas de los tres presos aparecieron más caras detrás de las rejas. Trajeron sillas y bancos y se treparon a ellos para vernos mejor. Siguieron apareciendo más caras en ambos extremos del pasillo. Pero reinaba ahora un silencio absoluto y hablé y hablé, por espacio de tres cuartos de hora.

¡Había tanta alegría en mi alma!. El amor de Dios estaba allí. El Espíritu de Dios estaba obrando y cuando terminé y el pastor que nos acompañaba invitó a los hombres a rendir sus vidas a Cristo, hubo seis que dijeron “Sí”. El pastor fue hacia uno de los extremos de nuestro pasillo con tres de los reclusos que habían levantado la mano, y yo al otro, con los otros tres, para hablar más. Ahora pude apreciar que había una habitación al final de este pasillo y que muchos presos se habían reunido allí. Por lo visto, todos los presos habían ido a escuchar la Palabra o por curiosidad, pero habían ido.

Había absoluto silencio mientras hablaba con los tres hombres. Luego miré a los demás y me dirigí a ellos:

“Nunca he oído un ruido más espantoso que el que oí aquí cuando empecé a hablar. Estuve tan contenta cuando se callaron. ¿Saben el temor que tengo ahora? Que ustedes se burlarán de los hombres que han levantado la mano o que les harán bromas. Por favor no lo hagan. Estos hombres se han definido por Jesucristo y ahora están colocados del lado de la victoria. Han recibido un librito llamado Evangelio según San Juan. Dejen que ellos se lo lean a ustedes. Yo espero que algún día ustedes también digan “Sí” a Jesucristo. Yo sé que les hará muy feliz”.

## 6. La Palabra De Dios Es Viva Y Poderosa

*“La Espada del Espíritu que es la Palabra de Dios”  
es mucho más poderosa que nuestros propios argumentos.*

SENTADA en el balcón del edificio de dormitorios de una de las universidades, comentaba una señora Jameson sobre la conferencia que yo terminaba de pronunciar.

“Lo que usted dijo a los estudiantes era muy interesante”, me dijo, “pero no creo que tenga usted razón. Por favor no se ofenda, pero he tenido más experiencia que usted. Soy miembro de una asociación que me ha enviado a todas partes del mundo, y he hablado con las personalidades más destacadas de la India, los países árabes, el Japón y de muchos otros países. He discutido sobre el camino de la vida, a través del tiempo y de la eternidad, con mahometanos, brahmanes, sintoístas, y muchos otros. Hubo excelentes personas entre ellos que llegaron a conocer a Dios prescindiendo de Jesucristo. Usted dijo en forma tan terminante a los alumnos que necesitamos a Jesús, pero esto no es cierto”.

“Su discusión no es conmigo, sino con la Biblia”, le dije. “No soy yo quien lo dice, sino la Biblia”, Jesús dijo:

*“Nadie viene al Padre sino por Mí” (Juan. 14: 6).*

Me sentí un tanto apocada. Me llena un gran sentimiento de incapacidad cuando hablo con personas tanto mejor informadas que yo. En tales momentos esta obra me parece demasiado difícil para mí. Más tarde conversé del asunto con una amiga quien me dijo:

“Tú no debieras tratar de ser nada más que un canal abierto para que por tí obre el Espíritu de Dios. Nunca podrás ser más que eso aunque a veces lo creas. Sigue el camino de la obediencia, y serás usada por Dios mucho más allá de tu poder propio”.

En Ottawa, Canadá, se realizaba una recepción en honor de su Alteza Príncipe Bernardo de Holanda. Fue un placer encontrar reunidos a tantos holandeses. El Príncipe parecía estar cansado, pero se mostró de buen ánimo y gentil con cuantos le hablaron. Los fotógrafos lo rodearon y le sacaron fotografías desde todos los ángulos, en conversación con las personalidades o con algún niño en brazos.



Me encontré con muchos viejos amigos. Y, de pronto, estuve frente a frente con la señora de Jameson.

“Me alegro tanto de verla”, me dijo. “¿Sabe usted? No he podido olvidar lo que usted me dijo cuando habló en nuestra universidad. Jesús dijo: “Nadie viene al Padre sino por Mí”. No puedo dejar de pensar en esas palabras”.

“¡Qué maravilloso!” le dije. “Usted ha escuchado la voz de Dios. Siga escuchándola y leyendo la Biblia. El tiene mucho que decirle todavía”.

La Palabra de Dios es viva y verdadera.

## 7. El Mar Es Profundo

*Yo sé sin sombra de duda que mi deuda de pecado ha sido borrada.*

**D**EBÍA realizarse una cena en una magnífica residencia a orillas del río. Varios estudiantes figuraban entre los invitados. Llegar nos llevaría unas dos horas en automóvil desde la ciudad, pero la buena gente de Georgia no lo considera distancia mayor. Mi anfitrión y yo recorrimos los caminos bordeados de laureles en flor, de colores encendidos.

Llegamos a nuestro destino a tiempo de presenciar una espléndida puesta de sol. El cielo sobre el agua parecía envuelto en llamas de azul y de oro, mientras nos sentamos en la terraza, entre palmeras, para disfrutar del cálido anochecer.

Los sirvientes de color andaban silenciosamente sirviendo a los huéspedes. Parecía que hasta el tiempo mismo corría más lentamente en este lugar. Nadie estaba apurado, y la conversación no era superficial.

Yo había hablado la noche anterior sobre el tema: “El problema del pecado ha sido resuelto en la cruz de Jesucristo”. Y me alegraba que estuviera Jack esta noche, pues, mientras hablaba había notado en él una expresión de evidente disgusto, y no había tenido la oportunidad de conversar sobre el tema con él.

Este caso es un ejemplo que explica por qué creo que es desventajoso hablar una sola vez a un mismo grupo. Existe el peligro que el trabajo sea superficial. Las palabras amables y hasta sinceras, no dudo, de “Me agradó mucho su mensaje”, no son el objetivo que yo quiero alcanzar. Yo quiero que las personas lleguen a comprender quién es Jesús, y cómo Él quiere ser el renovador de sus vidas.

Jack me dijo:

“Yo creo que hay perdón de pecados por Jesucristo, pero redención, no. Eso no lo puedo alcanzar a entender. Usted dijo ayer: ‘La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado’. Usted nos mostró la mano e ilustró el texto citado diciéndonos: ‘Esta mañana, mis manos estaban sucias, ¿Dónde está la tierra ahora? Yo no sé. Me lavé las manos. Jesús también lava nuestros pecados. Los echa en la profundidad del mar. Desaparecen. Tan alejados quedan como está el Este del Oeste.

Esa podrá ser su opinión, pero yo no lo creo. Nosotros tenemos que sufrir las consecuencias de nuestro pecado toda la vida. Yo creo en el perdón de los pecados, pero no en la redención”.

Después de la cena continuamos nuestra conversación en el jardín. Sólo quedábamos tres: John, con quien había estado trabajando las dos semanas anteriores y Jack que nos estaba relatando sus experiencias. ¡Es un alivio tan grande para el alma desahogarse completamente!

Era una historia triste.

“No nos portamos muy bien estando en el Colegio Secundario. Yo salía con una cantidad de chicas pero, con una de ellas, el asunto anduvo mal. Tuve que casar me con la chica y, cuatro meses después, nació nuestro hijo. Nadie sabe que yo soy casado. Nadie lo debe saber. Yo quiero ser pastor, pero si la gente se entera de esto, se arruinará todo mi futuro. Yo vivo una mentira y no sé qué hacer. Tendré que soportar las consecuencias de mi pecado mientras viva. Por eso digo que creo en el perdón pero no en la redención de los pecados”.

Al escucharle, seguí orando, pidiendo sabiduría. ¿Cómo podría explicarle el misterio de la renovación de vida por la victoria en Jesucristo?

John comenzó a hablar.

“Sin embargo, la redención existe. Jesús no remienda las cosas; las hace nuevas. Si tú le pides que vuelva contigo a ese lugar oscuro de tu vida, El cambiará, esas sombras en luz. Ese fue Su propósito al venir a nosotros. El nos liberó del todo el pecado.

Jesús te levantará del ciclo de causa y efecto, y te llevará al reino de Su maravilloso amor. Uno de los resultados de ese amor es la gracia.

“¿Qué es la gracia?”

“A ella se refería Isaías cuando dijo: ‘En lugar de la zarza crecerá haya,’ En lugar de la maldición habrá bendición”.

En lugar de la ortiga crecerá arrayán. En lugar de l pecedor, habrá un santo.

“En Cristo somos, tú y yo, la justicia de Dios. ¿No lo entiendes?”

“Por supuesto que no. Entenderemos estas cosas recién cuando lleguemos al cielo y tengamos nuestra nueva mente; otros medios de percepción. Pero, aun ahora, podemos entender estas cosas por fe. Si tú ahora aceptas por fe que Jesús es el vencedor sobre el pecado, presente y futuro de todo aquel que le rinde su vida completamente, cambiará ese pasaje oscuro de tu vida en una bendición. Verás siempre en esa mujer y ese niño un símbolo vivo del perdón y de la redención de Jesucristo.”

¿Pero que debo hacer?” preguntó Jack. “Yo he sido convertido y yo he aceptado a Cristo Jesús como mi Salvador personal.”

“Te falta rendirte completamente a Él. Entrégale las llaves de toda tu vida. Perder tu vida por causa de Él significa salvarla. En Su gran amor, Él exige la rendición completa”.

Jack miró a su alrededor. Estábamos solos en el jardín. De la casa llegaba el murmullo de las voces.

“Yo estoy dispuesto a hacerlo, pero no sé como expresarlo”, dijo Jack.

“Pide al Espíritu Santo que te dé las palabras”.

Los tres oramos entonces y Jack dijo: “No entiendo estas cosas, Señor, pero aquí estoy. Yo se que has dicho: >El que a Mí viene, yo no le echo fuera’, y ‘Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios=.”

En ese preciso momento se me llamó a la casa, pues estaban esperando que yo hablara a los invitados otra vez. Una hora más tarde, cuando me alistaba para retirarme, Jack me dijo: “Corrie, puedo reírme ahora. Hace un año que no he podido reírme, pero ahora estoy libre.”

Y yo sabía que era verdad.

No sé cuáles serán los resultados de su liberación, pero ya no tendrá que vivir una mentira. Su vida está en buenas manos.

“Si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres” (Juan. 8:36) .

Y Jack será usado para ayudar a muchos que están sumidos en la desesperación a causa de sus pecados.

¡Nuestros pecados echados en la profundidad del mar!

¡Cuán enormemente grande es la remisión y redención de nuestros pecados por Jesucristo!

Muchos creyentes no comprenden suficientemente la obra que Jesucristo está realizando por nosotros en este mismo momento. Muchos de nosotros creemos que Él murió por nuestros pecados. Creemos en Su muerte y resurrección, pero nos olvidamos que después de Su resurrección, ascendió al cielo y se sentó a la mano derecha de su Padre y vive por nosotros. Este es un hecho tan real como lo es el de Su muerte.

El diablo nos acusa día y noche. Pero Jesús es nuestro abogado. Nosotros somos la justicia de Dios en Él (2 Cor. 5:21).

Si después de haber sido perdonados por nuestros pecados, hay todavía alguno que nos aflige, aunque sea por cinco minutos más, estamos robándole a Él y a nosotros mismos de mucho gozo.

“Resistid al diablo y de vosotros huirá” (Stg. 4: 7) . No encontraremos mejor arma para usar contra Satanás.

La conciencia del pecado puede degenerar en derrotismo. Decimos, “Siento mucho pero yo soy así.” El diablo se regocija cuando nosotros quedamos derrotados, pero le teme a la conciencia de la victoria.

El diablo nos mantiene conscientes del pecado.

El Espíritu de Dios nos da conciencia de pecado, y luego, conciencia de victoria.

## 8. A Alemania Nunca Más

*Cuando Jesús nos dice que amemos a nuestros enemigos, El mismo nos dará el amor para hacerlo. No somos ni fábricas ni represas de Su amor, sino conductos. Cuando llegamos a entenderlo, toda razón de orgullo es eliminada.*

**R**EGRESANDO a Holanda después de ser liberada del campo de concentración alemán en Ravensbruck, dije:

“Una cosa espero, y es que nunca más tenga que volver a Alemania. Estoy dispuesta a ir a cualquier parte adonde Dios me mande, pero espero que nunca sea a Alemania.”

Si queremos experimentar la dirección de Dios en nuestras vidas, será imprescindible una condición: la obediencia a Él.

Viajando por los Estados Unidos, muchas veces hable de las condiciones europeas de postguerra, y al hablar del caos de Alemania, las personas me decían: “¿Por qué no va usted a Alemania ya que sabe el idioma?”

Pero yo no quería ir.

Nació una sombra en mi comunión con Dios; cuando le pedía su dirección no obtenía respuesta.

Dios no quiere que jamás estemos en duda respecto a Su dirección así que yo sabía que algo se había interpuesto entre Dios y yo. Comencé a orar: “Señor, ¿hay desobediencia en mi vida?”

La respuesta fue terminante: “Alemania.”

Ante mí podía ver la tierra que yo había abandonado en 1944. Podía oír aun las voces ásperas con su *Schneller, aber schneller* (más rápido, más rápido); y mi respuesta a Dios tardó en llegar.

“Sí, Señor. Iré a Alemania. Seguiré adonde me guíes.”

Luego, cuando regresé a Holanda desde los Estados Unidos, me enteré de que no era posible todavía para los holandeses conseguir visación para viajar a Alemania.

Y me alegré.

Me llegó una invitación para concurrir a una conferencia internacional en Suiza; y Dios me dijo que allí me encontraría con algunos alemanes que podrían ayudarme a obtener mi visación. Habiendo llegado a la conferencia, encontré representantes de muchos países, pero ni un solo alemán.

Y me alegré.

Pero, el último día de la conferencia, llegaron dos nuevos delegados. El momento en que llegaron, vi que eran alemanes. Les pregunté si podían ayudarme con mi documentación y uno de los recién llegados resultó ser el director del *Evangelisches Hilfswerk*, la organización de las iglesias para ayudar a los refugiados.

“Si yo le extiendo una invitación para venir a Alemania, usted podrá obtener su visación”, me dijo.

Y volví a Alemania.

¿Me resultó difícil? A veces, sí; otras, no.

Hay una Alemania santificada y hay una Alemania envenenada. Hay una Alemania que ha perdido todo, el corazón de cuya gente es un enorme vacío. ¿Quién lo ha de llenar? Es maravilloso poder hablar allí de Aquel que renueva los corazones, y los llena con Su gozo.

Hace años relaté a una clase de niños retardados, la historia de Jesús alimentando a los cinco mil con dos peces y cinco panes. Cari estaba tan absorto en la historia que, dando un salto, se paró y comenzó a gritar:

“Hay suficiente, hay suficiente; lleven cuanto quieran. Hay suficiente.”

Querido Cari. Ojalá que más personas se inflamaran como lo hiciste tú.

Tenemos las grandes riquezas de la Biblia, y la gente malgasta el tiempo discutiendo sobre su interpretación.

¿Es éste el momento para controversias?

Si una casa es presa de las llamas, los bomberos no discuten sobre los detalles de su uniforme.

Me dicen que el General MacArthur pidió mil misioneros para predicar el Evangelio en el Japón. Hay hambre del Evangelio en aquel país: los obreros son pocos.

No sólo allí.

También en Alemania.

## 9. Mi Sermón De Chocolate

*Aunque Jesús hubiera nacido mil veces en Belén sin hacerlo en mi corazón, yo me hallaría completamente desolado.*

**E**STABA de nuevo en un campo de concentración alemán para mujeres.

Cuarteles de madera en el corazón de un bellissimo bosque.

La directora era una mujer alemana cordial, que trataba de mantener el orden dentro de los principios democráticos: Nada de saludos militares y posición de firme, nada de órdenes gritadas a voz en cuello, ni de pasadas de lista interminables como en Ravensbruck. Con todo, seguía siendo un campo de concentración y estaba rodeado de cercos de alambre de púa.

Encontré allí a las *Aufseherinnen*, las mujeres guardianas de Ravensbruck adonde yo misma había sido prisionera. Ahora eran ellas las prisioneras y yo estaba libre, libre para salir por esos portones a la libertad de la vida de afuera. Ellas tenían que quedarse. Yo había venido para hablar a estas mujeres del camino de la verdadera libertad. Había venido a hablarles del amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento; a decirles de Jesucristo que había venido a este mundo a dar la felicidad bajo cualquier circunstancia. Pero — no era fácil llegar a estas personas.

En uno de los galpones-fábricas, se sentaron frente a mí en banquillos que habían traído desde el galpón-dormitorio. Sus rostros hoscos me daban la impresión de que yo hablaba a una pared de piedra. Seguí orando que el amor de Dios me llenara y brillara a través mío. Pero, lo único que se reflejaba era aversión y amargura.

Todas las mujeres tenían sus Biblias y, evidentemente, estaban muy familiarizadas con su manejo, pues en seguida hallaban las citas que yo mencionaba.

Después de hablar en este lugar en dos oportunidades, consulté a la directora.

“¿Puede decirme usted por qué no hay respuesta en estas mujeres?”

Ella se rió y me dijo: “Las mujeres me han dicho:

Esta holandesa nos habla en forma tan simple. Nosotras, las alemanas, somos altamente cultas y mucho más profundas en nuestra teología.’ Yo lo siento pero me parece que no se van a entender muy bien. Pruebe, si quiere, de hablar una vez más. Usted tiene permiso de hablar tres veces.”



Cuando llegué a mi habitación, me eché de rodillas.

“Señor, te ruego que me des un mensaje”, oré. “Yo no tengo la cultura ni los profundos conocimientos de teología para estas mujeres nacional-socialistas.”

Me vino la respuesta de Dios: “Chocolate.”

No tenía sentido. ¿Qué mensaje era ése? En un instante se me hizo la luz. Yo tenía una caja de barras de chocolate, cosa que no se conseguía en ningún lugar de Alemania, mucho menos en un campo de concentración.

Al día siguiente salí para el campo de concentración llena de nuevo valor.

Allí estaban, sentadas una vez más frente a mí, con resistencia y disgusto en la expresión de cada sombrío rostro.

Les dije:

“Esta será mi última visita a ustedes, así que les he traído una pequeña sorpresa: un poco de chocolate.”

¡Cómo se iluminaron esas caras! ¡Qué lujo era para esas pobres prisioneras un trozo de chocolate! De pronto nos encontramos con que éramos amigas. Algunas de ellas me pidieron que firmara sus Biblias y les diera mi dirección.

Cuando comencé a hablar, dije: “Nadie me ha dicho nada del chocolate.”

“Por cierto que sí”, me dijeron. “Le dimos las gracias.”

“Sí, por supuesto. Pero nadie me ha hecho preguntas respecto al chocolate. Nadie me ha preguntado si es fabricado en Holanda, ni qué cantidades contiene, de cacao, azúcar, leche ni vitaminas. Ustedes han hecho exactamente lo que yo quería que ustedes hicieran: lo han comido y les ha gustado.”

Alcé mi Biblia y les dije:

“Es lo mismo con este libro. Si yo leo acerca de la Biblia en forma científica, teológica o intelectual, ese punto de vista no me da la felicidad. Pero si yo leo en sus páginas que De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo para que todo aquel (y eso incluye a Corrie ten Boom) que en Él cree, no se pierda sino que tenga vida eterna, yo me siento inmensamente feliz. Cuando leo en este libro que “En la casa de mi Padre muchas moradas hay, yo sé que Él está preparando un lugar para mí también.”

El Espíritu de Dios estaba obrando. Las barreras cayeron y la comprensión y el anhelo nacieron en esos ojos ante mí: Hambre de saber más del amor que sobrepasa todo entendimiento.

Muchos meses después, estaba visitando un gran hospital. Una paciente consumida pareció reconocerme.

“¿No me recuerda?”, me preguntó.

Lamentándolo, tuve que admitir que no la podía ubicar.

“El año pasado yo era prisionera en Darmstadt”, me dijo. “Cuando usted visitó nuestra prisión, predicó sobre el chocolate. Ese fue el momento de mi conversión. Desde entonces he dejado de leer acerca de la Biblia, y he leído la Biblia misma. Tengo que morir, pero ya no tengo miedo. Yo también he leído en Su Libro, que en la casa de mi Padre, hay muchas moradas. Y de esto estoy segura: Jesús está preparando una para mí.”

## 10. Predicando El Evangelio En Palabra Y En Hecho

*El Diablo se ríe muchas veces cuando trabajamos,  
pero tiembla cuando oramos.*

**R**ECIBÍ una invitación para trabajar en Darmstadt durante una semana. Me sentí feliz al aceptarla pero pregunté si sería posible conseguir el apoyo de un círculo de oración allí. A mi llegada encontré un grupo de veintiséis personas de las distintas iglesias de Darmstadt. Yo no sabía si era su primera reunión de oración como grupo, lo cierto es que fueron leales colaboradores. Todos los días algunos del grupo se reunían conmigo para orar por el trabajo realizado el día anterior y por el trabajo que haríamos al día siguiente. Adonde se realiza intercesión de esa naturaleza, algo grande ha de ocurrir, y esa semana fue de gran bendición.

Después de mi partida, el grupo continuó reuniéndose semanalmente para orar. Se me ocurre que es ésta una excelente disciplina de oración. Las reuniones se inician y concluyen con la lectura de la Palabra. Cada uno de los presentes ora brevemente y con claridad. Hay pausas cuando se escucha lo que Dios pueda tener que decir al individuo, pues, lo más importante es el hecho de que Dios habla por Su Espíritu.

Donde los hombres oran, Dios obra.

Volviendo a Darmstadt un año después encontré que el círculo de oración se había ampliado. Debía haber cuarenta personas por lo menos.

Mi primer solicitud fue por permiso para trabajar otra vez en el mismo campo de concentración adonde había predicado el evangelio el año anterior. Pero me enteré que el campo de concentración estaba vacío. La mayoría de las mujeres habían sido liberadas y los casos peores habían sido trasladados a otras prisiones.

El problema de los refugiados, aunque continúa siendo grave en algunos países, era tremendo en Alemania en los primeros años después de la guerra. Se decía en ese momento que había nueve millones de personas sin vivienda adecuada. Estaban los *Umsiedler* de la zona rusa y de otros países detrás de la Cortina de Hierro tales como Checoeslovaquia, Polonia y Hungría, y luego, los innumerables desplazados cuyos hogares habían sido bombardeados.

Por una mínima suma de dinero alquilamos aquellos cuarteles abandonados del campo de concentración, y con los esfuerzos unidos de todos, los hicimos tan habitables como pudimos. Pronto empezaron a caer los refugiados.

Algunos de los fieles miembros del círculo de oración tomaron parte muy activa en el trabajo. Yo debí seguir mis viajes, pero prometí volver tan pronto como pudiera.

Ahora, yo estaba de vuelta otra vez. En el portón ya no había guardias. Los cercos estaban disimulados con arbustos o habían sido retirados.

Caminé por los galpones. El trabajo estaba recién en sus comienzos y no habíamos conseguido aun construir habitaciones separadas. Varias familias vivían juntas. Uno de los galpones estaba cerrado con llave. Los hombres que vivían allí se habían llevado la llave esa mañana. Naturalmente, este proceder despertó sospechas en nosotros. Con todo no estábamos preparados para el desorden que encontramos después de conseguir otra llave para abrir la puerta. Las camas estaban sin tender; sobre el piso, la leña estaba desparramada y en los ángulos, había montones de desperdicios.

¿Era posible que vivieran seres humanos allí?

“Ya les diremos a estos hombres lo que pensamos de su proceder”, me dijo el director. Pero le dije rápidamente:

“Por favor, no los regañe. Esta gente ha vagado de país en país, y de un campo de desplazados a otro. Se han olvidado cómo se vive en una casa donde hay amor y consideración. Debemos ayudarles. Digámosles que el miércoles próximo hemos de realizar una fiesta aquí y que esperamos que todo esté limpio y prolijo para recibirnos.”

El círculo de oración estaba entusiasmado. Todo el mundo tuvo su parte en los preparativos para la fiesta. Cuando llegó el miércoles, los cuarteles principales estaban transformados. Las mesas cubiertas con géneros blancos y flores en todas partes; flores y más flores pues era plena primavera.

Tres mujeres y cinco niños habían ingresado ese mismo día y se sumaron a nuestro número. Hubo café y tortas, pan blanco, y fruta. Cantamos y resultó espléndido. Todos los miembros del círculo de oración estaban presentes y ayudaron a los hombres que se sentían tímidos e incómodos, a sentirse más a gusto. Había un ambiente familiar y feliz y todos escucharon atentamente mientras les dirigí la palabra. Puedo decir con toda franqueza que no recuerdo haber concurrido a una fiesta que me haya resultado más agradable.

Durante el transcurso de la velada, un hombre delgado, pobremente vestido se paró, y golpeando contra su taza para pedir silencio dijo:

“Amigos: Yo he ambulado durante nueve años. Hoy por primera vez en muchos años, me siento como ser humano otra vez.”

Recibimos excelente cooperación y apoyo en esta obra, de las autoridades municipales y del *Evangelisches Hilfswerk*. Se permitía a los hombres construir sus propios hogares en un bosque cercano, cosa que hacían en sus ratos libres. Después de un tiempo se pensaba tener dos aldeas: una con quinientas familias; la otra, con trescientas. Tan pronto como se alejaba una familia, otros refugiados llenaban el lugar libre.

La obra crecía. Se organizó una Escuela Dominical para los niños; una reunión de Estudio Bíblico para las mujeres, y cultos de adoración todos los domingos. Pero los hombres estaban ansiosos por dedicar cuanto momento libre tenían a la construcción de sus casas y no estaban, por ello, muy interesados en las actividades de la iglesia, hasta que pusimos en práctica un plan original.

Había cuatro pastores y cuatro congregaciones de la comarca que se turnaban en dirigir los cultos. Cada pastor y su grupo tenía por lo tanto, un domingo cada cuatro semanas. A fin de persuadir a los hombres que vinieran a los cultos, el pastor y los miembros de su congregación decidieron que la misma semana en que ellos eran responsables por el culto, pasarían una tarde ayudando en la construcción de las casas. Era el Evangelio en palabra y en hecho.

## 11. Otrora Soldado De Hitler

“Yo la luz he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan. 12:46).

LA ALEMANIA de post-guerra puede ser hondamente deprimente, no sólo por sus edificios en ruinas sino, más aun, a causa de sus muchas vidas destrozadas.

Un joven y yo caminábamos por un agradable valle entre colinas verdes. El tiempo era hermoso; un día de primavera lleno de promesa. Cantaban las aves, el cielo estaba azul y el verde fresco asomaba en todo árbol y arbusto. Cada año, desde aquella primavera que pasé encerrada en una celda, me siento mil veces agradecida por la libertad, cuando veo renacer la primavera.

El rostro de mi joven acompañante no aparecía feliz. Yo anhelaba compartir mi alegría con él y ayudarlo a ver las bellezas de la naturaleza que nos rodeaba. “Señor”, oré, “enséñame el camino; ayúdame a entenderlo. Permite que Tu luz brille a través mío.”

Comenzó a hablar. Me contó de su juventud. A los catorce años había sido inscripto en una de las escuelas de Hitler. Era una escuela espléndida, y los muchachos tenían cuanto podían ambicionar.

“A los catorce años”, me dijo, “tenía mi propia embarcación; a los dieciséis, mi propio caballo y, a los dieciocho, mi propio automóvil. Tenía diecinueve años cuando llegué a pertenecer a las Tropas de Asalto (S.S.) y se me puso a cargo de un campo de castigo de los S.S. Yo estaba perfectamente de acuerdo con la rígida disciplina del lugar. Esa era la manera de desarrollar una generación fuerte y dura. Yo he sido criado sistemáticamente en el rigor y la crueldad. Hay un solo ideal y es el del poder. Todo lo que habló usted en su conferencia no manifiesta más que debilidad. Usted habla del perdón. El perdón es debilidad.”

“¿Se imagina usted, Karl Heinz, que el perdón requiere más fuerza que el odio?”

“Por cierto que no. El odio es fuerte; el perdón es débil. Cuando yo tenía diecisiete años, vi un barco con miles de prisioneros a su bordo. Lo hundieron ante mis ojos y no me conmovió. Estoy bien disciplinado.”

La belleza del día de primavera se había desvanecido. Ya no veía flores, ni frescos pimpollos listos para reventar. Vi sólo a un pájaro sacando a tirones un gusano de la tierra. El gusano se retorció en el pico del pájaro. No era el único gusano que estaba siendo muerto.

Tampoco el joven que caminaba a mi lado era el único muchacho alemán que había sido envenenado.

¡Pobre mundo!

De pronto me sentí muerta de cansancio.

“Sentémonos unos minutos aquí, Karl Heinz”, le dije.

Un panorama magnífico se extendía ante nosotros. Estábamos sentados sobre la cumbre de una colina y podíamos ver muy lejos.

Vendrá el día cuando la justicia de Dios cubrirá la tierra como las aguas cubren el mar.

En mi imaginación podía ver de nuevo el campo de concentración. Miles de prisioneros venían hacia mí en un verdadero río y yo luchaba por ir contra esa corriente humana. Bep estaba a mi lado. ¡Qué horribles las caras depravadas y llenas de amargura que veíamos. Yo buscaba escapar ante tanta discordancia.

Bep me dijo: “Estoy empezando a amar a la multitud.”

Volviendo a la realidad, oré:

“Señor Jesús, ven pronto y cumple tu promesa de hacer nuevas todas las cosas. Concédeme que yo y todos tus hijos, podamos redimir el tiempo pues los días son tan malos. Salva a este joven que me acompaña. Lléname de Tu amor para que fluya a través mío y lo toque.”

Cuando regresé al lugar de las conferencias, Werner me dijo:

“¿Pudo ayudarlo? Yo la vi salir con Karl Heinz y nosotros nos reunimos en seguida para orar por usted.”

“No sé, Werner. Oré continuamente, ‘Señor, hazme un canal abierto para que se derrame Tu amor.’ Pero, mire, Werner, ¿por qué no conversa usted con él otra vez?”

“Lo haré con mucho gusto. Yo lo entiendo a Karl Heinz mejor que usted quizás, porque yo mismo fui soldado de Hitler. Ahora soy soldado de Jesucristo.”

## 12. Holanda

*“Somos hijos del Rey y tenemos en nuestras manos las llaves del tesoro de nuestro Padre. Todas sus riquezas están a nuestro alcance en cualquier momento.” — Eva von Thiele Winkler.*

**E**STABA de regreso en Holanda. ¡Qué maravilloso es estar en la propia patria! Yo amo a Holanda. En ningún otro lugar se ven tantos colores. Aquel campo de pasto: su verde es distinto al verde del campo contiguo, y el de más allá es de otro verde también. La campiña es transformada en una sinfonía de tintes y de sombras por la atmósfera húmeda de Holanda.

Estábamos sentados sobre uno de los diques, descansando después de un agradable paseo en bicicleta, y mirábamos los lejanos campos. El grupo era numeroso y pronto algunos comenzaron a discutir acerca de un sermón que habíamos escuchado el día anterior.

“A mí me pareció que las cosas se presentaron como demasiado fáciles”, dijo uno. “Convertirse en hijo de Dios no es tan fácil.”

“Mas a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan. 1:12).

“Sí, pero antes de recibirle, uno debe ser elegido.”

“Por cierto, pero eso es asunto de Dios. Lo único que debes hacer es obedecer. Si no fuera posible no se nos habría escrito: “llevad a cabo la obra de vuestra misma salvación, con temor y temblor” (Fil. 2:12). Y, mientras es cierto que a veces lo hacemos con temor y temblor, lo maravilloso es que ‘Dios es el que obra en vosotros, así el querer como el obrar’. Eso quiere decir que estamos del lado de la victoria porque Dios es omnipotente.

“El mismo ha dado a su Hijo unigénito para que pudiéramos tener la vida eterna, ‘el cual quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad’ (1 Tim. 2: 4).

“Jesús dice: “Venid a MÍ TODOS los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar” (Mat. 11:28).

“Hay en la Biblia dos verdades muy importantes sobre este tema. Una es que Dios reina sobre el universo y que Él es omnipotente: esa es la soberanía de Dios. La otra es que nosotros debemos rendir cuentas: esa es la responsabilidad humana. Esas dos verdades no pueden ser



armonizadas por medio de la lógica. Son semejantes a dos cuerdas que penden del cielorraso sin tocarse. Sólo si miráramos más allá del cielorraso, veríamos que las dos cuerdas están unidas y que lo que aparece como cuerdas separadas es, en realidad, las dos puntas de la misma cuerda.

“Debemos cuidarnos de no ser injustos, por el análisis lógico, con una u otra de estas verdades de la Escritura. San Pablo lo establece con mucha claridad en 1 Corintios 1 y 2. Hay dos planos o niveles: uno es el de la sabiduría de los sabios”,

la sabiduría de este mundo. El otro es el de la locura de Dios que es más sabia que la sabiduría de los sabios; éste es el amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento.

“No podemos ni debemos reducir la locura de Dios que es la mayor sabiduría al nivel de la sabiduría humana. Podemos hacer lo opuesto. Sí, por medio del poder del Espíritu de Dios elevamos nuestro pensamiento lógico, que es la sabiduría de los sabios, al plano de la locura de Dios, vemos que Su locura no es ilógica sino super-lógica. Entramos entonces a la esfera de las altas dimensiones. Los pensamientos de Dios son más altos que nuestros pensamientos.

“Nosotros podemos alcanzar a comprender estas cosas únicamente por la fe, la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven. La fe es el radar que penetra las nubes de nuestro razonamiento lógico, y discierne el amor de Dios que sobrepasa todo entendimiento. La teología es la reina de las ciencias mientras se use como instrumento gobernado por el Espíritu Santo; pero si es usada por el hombre a fin de levantar barricadas detrás de las cuales desea atrincherarse, se convierte en un instrumento de Satanás.

“Ahora”, continué, “con toda honestidad, ¿dígame si no es cierto que cuando el pastor les habló después de la predicación y les preguntó si querían aceptar a Jesús y rendir sus vidas a Él, no lo hicieron? Es claro que no lo hicieron, porque esa flecha no atravesó la barrera teológica de que se han rodeado. Ustedes sabían muy bien que perder la vida por causa de Cristo significaría obedecerle. Implicaría esto, por su parte romper con los pecados, especialmente con ese pecado favorito, único, quizás. Eso no lo querían hacer.

“Justamente en este punto volvemos a esa faceta gloriosa y divina de nuestra conversión: el momento en que uno se da cuenta que no puede por sí mismo romper con los pecados pero que, en cuanto entrega las

riendas de la vida a las manos de Jesucristo, se pone de inmediato del lado de la victoria. Pues “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3: 8).

La conversión no es como piensan algunos, un salto a las tinieblas sino un salto a la luz, directamente a los brazos del Señor Jesús.”

## 13. El Autor De Nuestra Fe

*No es una gran fe lo que necesitamos, sino fe en un gran Dios.*

**O**TRA vez me hallaba de vuelta en Alemania. Era la primavera y la gente construía por todas partes. Se estaban retirando las ruinas de las casas derrumbadas y los propietarios que no quitaban los escombros de su propiedad, automáticamente perdían su derecho a ella. Todo se hacía lo más económicamente posible, sin planificación edilicia ni barrios estéticamente delineados. No se construían casas hermosas con grandes ventanales: no había hermosura por dentro ni por fuera. La gente se dedicaba a reconstruir adonde se encontrara, en medio de las ruinas haciéndolo con los ladrillos rotos o parcialmente quemados. En algunas partes no se hacía más que remendar, sin esforzarse por demoler y reconstruir. Las habitaciones que habían quedado sin paredes se usaban para almacenaje o como patios.

En las zonas adonde no había comenzado aun la reconstrucción, las ruinas se cubrían de arbustos que crecían en las mismas habitaciones en que antes había vivido la gente.

Las ramas se iban cubriendo de tiernas hojas nuevas, y sus colores brillaban hermosos en el sol primaveral. Los colores de las ruinas también pueden mostrarse hermosos, aunque será siempre horrible su forma. Es por eso que caminar por las calles de noche infundía verdadero terror.

Recién había hablado a un grupo de jóvenes acerca de las riquezas que tenemos en Jesucristo. Los alemanes son muy reservados; y cuando invité que se quedaran quienes quisieran conversar más sobre el tema, sobreponerse a su instintiva reticencia requirió mucho coraje de parte de los siete que aceptaron la invitación. Me pareció que era un buen comienzo.

Uno de ellos me dijo:

“Yo soy ateo. Ustedes lo logran con Jesús; yo lo logro sin Jesús y, lo hago tan bien, al menos, como ustedes.”

Le dejé hablar de sus éxitos conseguidos por sus propias fuerzas, sin decir casi nada. El debate no ha sido nunca mi fuerte. Oré por él silenciosamente mientras escuchaba y luego le dije:

“Si llegara el momento en su vida cuando no puede ya seguir en sus propias fuerzas, recuerde aquello que ha escuchado esta noche y piense en ello.”

Otro joven me dijo:

“La Biblia es para mí un inventario de todo lo que poseo en Él. Seguí a Hitler de cuerpo y alma. Dios intervino en mi vida y me quitó todo. Estaba prisionero y uno de mis camaradas me leía la Biblia todos los días mientras estuvimos en el campo de prisioneros. Fue entonces que llegué a conocer a Jesús.”

Las lenguas comenzaron a soltarse entonces y otros relataron sus dificultades. Uno dijo:

“Yo soy tan flojo. Quiero creer pero mi fe flaquea. Ahora que usted nos ha dicho todas estas cosas, me siento seguro otra vez, pero ¿qué sucederá mañana? Yo no sé si podré mantenerme firme.

Le dije que yo era relojera de profesión y que en nuestro taller recibíamos a veces relojes nuevos que no andaban bien. Yo no reparaba esos relojes sino que los devolvía a la fábrica. Cuando el fabricante los había reparado, entonces funcionaban con exactitud. Hago lo mismo con mi fe. Jesús es el “autor y consumidor de la fe.” Si mi fe anda mal, debo devolverla a su autor celestial. Cuando Él la ha reparado, funciona perfectamente.

Felizmente Heb. 12: 2 no reza: “Puestos los ojos en nuestra fe.”

Si lo hiciéramos diríamos quizás: “Mi fe es grande.” Eso sería orgullo, y la victoria sería del diablo. La soberbia espiritual es muy destructiva.

O si yo dijera: “Mi fe no vale mucho; no me ayuda en nada”, estaría dando lugar al derrotismo y eso también es victoria del diablo.

Hudson Taylor dijo en una ocasión: “No es una gran fe lo que necesitamos, sino fe en un gran Dios.”

Por lo tanto, miremos más y más a Jesús, y no a nuestra propia fe. No miremos las tormentas que nos rodean, sino mantengamos nuestros ojos fijos en Él. Podremos entonces caminar sobre las turbulentas aguas de la vida. La fe da un fundamento tan firme que, el lugar más seguro sobre el que puede caminar un cristiano, es el agua que pisó Pedro al ir a encontrarse con Jesús.

Nuestra conversación fue tornándose oración y aun el “ateo” unió sus manos y cerró sus ojos.

## 14. La Oración Intercesora

*Jesucristo puede desenredar todos los enredos de tu alma, hacer desaparecer todos tus complejos y transformar hasta tus hábitos fijos, no importa cuán profundamente estén grabados en tu subconsciente.*

MI TÉCNICA de trabajo se ha desarrollado paulatinamente a través de la experiencia. Prefiero ahora hablar a las mismas personas ocho veces, reservando las mañanas para consultas personales y un período de preguntas y discusión después de cada reunión nocturna.

En Alemania no es fácil conseguir que la gente hable. Han sido enseñados en la escuela del silencio. Durante el régimen de Hitler era muy arriesgado expresar una opinión. El temor subsiste pues pronunciarse por algo podría significar graves problemas en el futuro.

De manera que cuando anuncié:

“Esta reunión ha llegado a su fin, pero todos aquellos que deseen quedarse para seguir conversando sobre estas cosas están cordialmente invitados a hacerlo”,

pareció haber sido la señal para desocupar el salón de la iglesia en menos de dos minutos.

Por lo visto, ése no era el método acertado y pedí sabiduría a Dios.

A la noche siguiente cambié los términos de mi invitación:

“La reunión ha llegado ahora a su fin y tendremos ahora un período de discusión. Quisiera pedir que si alguno quiere o debe irse, lo haga ahora mismo”.

Después de mis palabras, hacía falta tener valor para levantarse y retirarse así que todos se quedaron sentados. Cuando hacía falta valor para quedarse, todos se habían retirado.

Tuvimos una discusión muy animada. Las preguntas venían de todas partes de la sala. Yo oré: “Señor, permíteme ser sólo un conducto para tu Espíritu. No puedo hacer esto sola”.

Experimenté un milagro en mi interior. Antes que la pregunta se hubiera terminado de enunciar, yo tenía la respuesta lista.

Por supuesto que yo sabía que estas discusiones en grupo no me permitirían el contacto íntimo y personal, así que las mañanas resultaron muy importantes para las entrevistas personales. Recién cuando estamos a solas con una persona nos acercamos en realidad a ella. Y fue durante estas horas, más que en ninguna otra parte, que pude oír el sollozo de la Alemania herida.

Esta mañana vino una mujer a mi habitación. Su rostro aparecía pálido y amargado; tenía la cabeza envuelta en un chal negro. Los alemanes pueden a veces mostrar su dolor en forma muy dramática.

Me pareció que con ella entraba la oscuridad a la habitación, y oré: “Señor, cúbreme con Tu sangre”.

Comenzó a hablar en tono de queja y su sermón, como todo buen sermón tenía tres subtítulos. Bajo el primer subtítulo había desarrollado el tema de la maldad de todas las personas, los cristianos en especial y los predicadores más que nadie. Bajo el segundo subtítulo explicaba su propia bondad; hablaba respecto a sus virtudes y las buenas obras que ella había realizado. Luego, como conclusión, el subtítulo tercero: ¿Cómo es posible que alguien diga que hay un Dios cuando una mujer buena como ella tiene que llevar una vida tan triste, con tan poca salud y una habitación tan pequeña en que pasar sus últimos días?

Cuando hubo terminado me miró como para decirme: “Me imagino que ahora me citará unos textos de la Biblia para convencerme”.

“Tengo una palabra para usted”, le dije.

Me parecía poder leer su pensamiento: “Ah sí, ya me parecía. Ya comienza el sermón”.

Con un poco de picardía le dije: *Edel sei der Mensch, hilfreich und gut*. (Que el hombre sea noble, servicial y bueno). Era una cita de Goethe quien es leído fielmente y muy admirado en gran parte de Alemania hoy.

La respuesta de la mujer fue inesperada: “No puedo llenar mi corazón vacío con eso”.

La miré sorprendida.

Pero yo tenía algo más que decirle: “Jesús dijo: ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.’” (Mat. 11:28) . Luego le di una serie de ricas promesas de la Palabra de Dios y se realizó un milagro ante mis ojos. La mujer escuchó con intenso deseo cada palabra, sedienta por el agua de vida.

Nunca antes había sido yo testigo de un cambio de actitud tan repentino. Cuando abandonó la habitación, yo sabía que era una persona cambiada, no convertida aun, pero una persona que había abierto su corazón a la verdad y estaba ávida de saber más.

Inmediatamente después de haberse ido, un caballero entró a mi habitación y dijo: “Ya he esperado una hora para hablarle”.

“Lo lamento; no sabía que estaba usted aquí. Pero, de cualquier modo, me hubiera sido imposible interrumpir la conversación.”

“No tiene importancia — me contestó —, he aprovechado bien el tiempo. Podía oír parte de la conversación de ustedes desde la habitación contigua, así que me dediqué a orar por usted pues comprendí cuan difícil era la situación que se planteaba.”

“¿Cuándo comenzó a orar?”

“Hace media hora.”

Cuando ese hombre había comenzado a orar, se realizó el milagro: la mujer abrió su corazón al evangelio.

¡Qué poco comprendemos la importancia de la oración intercesora! Si en este momento oras por alguien, aun cuando esté del otro lado del orbe, el Señor Jesucristo le tocará.

“Yo no la vine a ver por ningún asunto personal”, me dijo entonces el caballero que me visitaba.

“Hay en este pueblo una mujer que está en gran necesidad, y vine a pedirle que usted tratara de entrar en contacto con ella. Se ha negado a recibirnos a quienes hemos orado tanto por ella. Usted podrá tener éxito quizás, adonde nosotros hemos fracasado.”

“Con mucho gusto lo haré. Déme el nombre y la dirección.”

Me dio el nombre. Era el nombre de la mujer que terminaba de irse de mi cuarto. “Esa es la misma mujer que estuvo aquí hace unos minutos”, exclamé.

“Usted podrá llegar a ella ahora pues está deseando saber más del evangelio. Ustedes han orado por ella; ahora pueden dar gracias a Dios.”

Cuando intercedemos ante Dios por una persona, estamos participando en la economía de la salvación de Dios. Esto significa nada menos que hemos abierto nuestros corazones al Espíritu de Dios que ora dentro de nosotros.

¿Será esa la razón de que opera también dentro de nosotros en forma liberadora y salvadora?

Viajé una vez en automóvil atravesando las montañas de California desde Los Angeles a San Francisco. Una de mis debilidades es que me da miedo viajar en auto con los norteamericanos en los caminos de montaña. Conducen siempre a altas velocidades. A un lado del camino había un abismo profundo y eran muchas las curvas peligrosas. Había aprendido por experiencia lo que debía hacer cuando el demonio del miedo entraba a mi corazón. Durante mi encarcelamiento en Alemania, muchas veces se había posesionado de mí, y solía entonces ponerme a cantar. Cantar ayuda siempre. Pruébalo alguna vez; el temor y la ansiedad se disiparán cuando comiences a cantar.

Así que canté un himno tras otro hasta que mi amigo, el conductor, me dijo en tono de broma: “¿Tiene miedo?”

“Sí — le dije — , por eso estoy cantando.”

Pero en esta oportunidad de nada me valió. Cada vez que nos aproximábamos a una curva yo pensaba:

“Si viene un coche en dirección contraria, chocaremos inevitablemente”. Y, totalmente atemorizada, dejaba de cantar.

No, el canto no me ayudó aquella vez. Traté de disipar mi temor con la oración, y oré. Pero mi oración se redujo a un suspiro:

“Señor, llévanos en salvo a San Francisco. No permitas que nos desbarranquemos por este abismo. Concédenos que no venga ningún otro coche por esa curva que tenemos delante”.

Seguí orando para vencer mis temores hasta que repentinamente, y no se donde, me nació la idea: comencé a orar por los demás. Oré por cuanta persona me venía a la memoria: personas con quienes había viajado, aquellos que habían estado prisioneros junto conmigo, mis amigos de la escuela. No sé cuanto tiempo continué orando, pero esto sí sé que mi temor había desaparecido.

Interceder por otros me había liberado a mí misma.

Hace un tiempo en San Diego, me encontré con un hombre que cuenta el siguiente relato del poder de la oración intercesora. Había sido gran bebedor y por fin fue llevado a un manicomio. Fue internado en una habitación con tres pacientes más, que no hacían más que gritar. Cuando llegó la noche estaba desesperado. Oró, pero no podía dormir mientras continuaban los desaforados



gritos. Comenzó a orar por los tres pacientes y, imprevisto como había sido su decisión de hacerlo, fue el silencio cuando callaron los gritos.

“No sólo eso — continúa diciendo el hombre — , parecía como que algo se hubiera roto dentro de mí. Cuando oré por los demás, mi propia tensión desapareció y me sentí libre. Al día siguiente tuve que someterme a un examen psiquiátrico. Al concluirlo, el médico me dijo; ‘A usted no le pasa nada, está perfectamente normal’. Yo sabía que esa noche había sido hecho libre.”

La intercesión agrega a sus muchas bendiciones la de sanar la propia tensión de quien ora.

## 15. Refugiados En Desgracia

*CENTENARES de refugiados vivían en una gran fábrica. La maquinaria había sido desmontada y cada rincón del edificio estaba en uso como vivienda para los perseguidos que habían hallado reposo allí.*

¿Reposo?

Me encontré en una sala adonde vivían juntas doscientas personas. Era como una inmensa casa sin divisiones. Los niños estaban haciendo sus deberes alrededor de una mesa. Detrás de ellos estaban las camas y, detrás de las camas, otro “compartimento”. Las niñas estaban preparándose para dormir. Más allá estaban acostados los hombres que recién llegaban de trabajar. Muertos de cansancio, se habían tendido en los colchones.

La mayoría de las personas ya llevaban tres años de esa vida. Aunque todos estaban más bien callados en el momento, había el murmullo de las muchas voces y el movimiento incesante de un gran número de personas. No había un rincón privado; ni un rincón siquiera que alguien pudiera considerar propio. Me hacía pensar en una gran sala de espera, pero no lo era: las personas no estaban esperando para terminar e irse, sino que vivían allí mismo.

Fácilmente podía verse la diferencia en el grado de prosperidad entre los varios grupos de familias. En un sitio, las camas estaban cubiertas con gruesos acolchados de plumas y elegantes cubrecamas, y una lámpara con su hermosa pantalla colocada sobre una colorida carpeta persa. Al lado, tirados en el suelo, había dos colchones con mantas manchadas y sin sábanas. Una mujer cortaba pan negro sobre una mugrienta mesa de madera.

El superintendente que me acompañaba me dijo: “¿Por qué no da un mensaje a esta gente? Si pido silencio, todos la podrán oír.”

“Oh no, por favor, hoy no”, le rogué retrayéndome.

“Yo no podría hablar aquí hoy. Me gustaría volver más adelante para vivir junto a ellos. Quizás entonces me animaría a acercarme a ellos, pero yo no puedo entrar de afuera, hablarles unas palabras y luego volver a mi pacífica habitación de huéspedes.”

Pasaron dos meses y volví. Pero llegué en mal momento. Había un fuerte sentido de oposición hacia todos los cristianos. Un pastor había cometido una torpeza: había visitado esta fábrica y luego había escrito un artículo muy halagüeño acerca de las condiciones imperantes en ella. Leído el artículo, hasta

quienes tenían su casa propia sentiría la tentación de solicitar permiso de vivir en lugar tan bellamente descripto. Los ocupantes de la fábrica estaban indignados, no solamente con el pastor en cuestión, sino que lo habían hecho extensivo a todos los cristianos por igual. Como resultado, un evangelista que trabajaba allí entre los niños debió abandonar su tarea pues se le vedó la entrada. Más aun, cerca de la puerta, habían colocado un cartel que decía que nadie que se llamara cristiano podría entrar.

No me dejé intimidar por toda esta reacción sino que me dirigí a la policía y pregunté si podía anotarme como refugiada.

“Pero usted no es refugiada”, me dijo el oficial.

Le expliqué rápidamente lo que ocurría y cual era mi propósito y, aunque le hizo cierta gracia, me inscribió. Poco tiempo después yo entraba a la fábrica, pasando de largo junto al cartel de prohibición.

La situación en el interior había mejorado. Se habían tendido sogas de una pared a otra y por encima de las sogas se habían colgado frazadas y diarios unidos por costuras, y sujetos a las sogas con broches para la ropa. En esta forma se habían formado unos “cuartos”, al menos, que cada uno podía considerar propios. Durante el día yo debía hospedarme con un matrimonio. Para dormir, debía cruzarme al otro lado de la “calle”, adonde me habían colocado una camita en la “habitación” de dos otras mujeres. Debía cocinar mis propias comidas así que ya me había provisto de huevos y de tomates. Cuando pedí una cacerola a mi anfitriona, gritó: “¿Quién quiere prestarle una cacerola a la recién llegada?”

Por debajo de una frazada apareció una cacerola y bajé al subsuelo que había sido equipado para cocinar. El calor era insoportable. Enormes cocinas funcionaban al máximo y alrededor de ellas las mujeres se aglomeraban preparando las comidas. A veces, más de cuarenta mujeres cocinaban en una sola cocina.

Era interesante notar las diferencias en el menú de las distintas nacionalidades. Los alemanes, por lo general, usan de mucho almidón: muchas papas, acompañadas de macaroni como sustituto de verduras, y panqueques para postre. Había mujeres de Letonia, Polonia y Checoslovaquia, y cada una preparaba un menú diferente. Mi modesta comida de huevos y tomates, aunque abundante en vitaminas, no era apreciada por los demás y, estoy segura que nadie hubiera cambiado su plato por el mío.

Abandoné la recalentada cocina tan pronto como pude, y junto a la señora con quien me hospedaba, comí mi primera comida de refugiada. Sentadas sobre un

banco, usamos un cajón por mesa. No podía negarse que se había creado cierto ambiente acogedor debido a los tabiques, pero los ruidos y los olores de los demás “departamentos” permeaban nuestra vivienda.

Empecé luego lo que iba a ser mi trabajo en ese lugar. De un compartimiento a otro fui de visita. Hablé poco, pero escuché mucho y contemplé las profundidades de la existencia dolorosa y sin alegría. La mayoría de estas personas eran las que estaban tan desalentadas que ya no tenían energías para elevarse por su trabajo, sobre este nivel de existencia. Sin ánimo y amargados, me relataron su huida ante las bombas, y su ambular de un campo de desplazados a otro hasta que hallaron este “hogar”.

Algunos de ellos se habían adaptado asombrosamente a su nuevo ambiente. Pero, ¡qué ambiente! Los hombres y los muchachos jugaban a las cartas, aburridos. Las mujeres trataban de ordenar sus cosas. Había un desagradable olor a pescado en el edificio. Algunas mujeres cocinaban y los olores desprendidos de la comida se mezclaban con el olor de los cigarrillos, del perfume barato, del yute, del hacinamiento. El sol quemaba horriblemente el techo. Yo vivía en el entretecho y sus pequeñas ventanas estaban permanentemente cerradas.

Una niña cruzó nuestro cuarto para ir a su “casa”. Sencillamente hizo a un lado la manta y los diarios que hacían de puerta y de pared.

En algún lugar del edificio gritaba una mujer. Había venido a buscar a su hija que había quedado aquí toda la noche, si contra su voluntad o no, fue imposible averiguar. Ocurrían cosas aquí que son comunes en los sectores de las grandes ciudades adonde viven juntos, los pobres, los desocupados y los desesperados. La única diferencia era que aquí los ruidos no eran tapados por las paredes.

Todo el mundo dejó de conversar para escuchar y saber cómo terminaría el alboroto. Después que se había ido la mujer, la vida reasumió su curso normal con los ruidos ordinarios: el chillido de una armónica, el llanto de una criatura enferma, la impaciencia de una madre cansada y el continuo zumbido de más de doscientas voces.

¿Podía hallarse descanso en este lugar? Visité a las personas y traté de hablar con ellas. Escuché sus relatos de miseria y de constantes huidas. “¿Se arreglarían las cosas alguna vez en este mundo?”, era la pregunta que me hacían. Sólo podía hablarles del futuro en Jesucristo, de Su segunda venida y de la nueva tierra adonde han de morar los justos. Veo muy poca esperanza para este mundo. A la luz de 1 Ped. 1: 6 hay una sola esperanza: “Estando al presente un poco de tiempo afligido, en diversas tentaciones”. Es la luz de

Jesucristo que continúa brillando en la más profunda oscuridad. La luz de victoria de parte de aquellos que le conocen y aman. Para ellos todas las cosas les ayudan para bien.

¿Habría alguna esperanza para esta parte del mundo donde nueve millones de refugiados estaban hacinados en las casas que aún quedaban en pie en esta bombardeada tierra de ruinas? ¿En este país donde se estaban volando las fábricas que quedaban, donde la desocupación crecía día a día y donde los medios de subsistencia sencillamente habían desaparecido?

Di gracias a Dios por mis experiencias del campo de concentración. Yo podía decir a esta gente de mi experiencia de la realidad de Jesucristo aún en el infierno de Ravensbruck. El hecho de que yo también hubiera sufrido despertó su interés y me dio derecho a hablar, porque hablaba con conocimiento de causa.

A la noche volvió el dueño de casa. Pidió prestado un banquillo a los vecinos, y después de la cena, dos señores mayores entraron con sus bancos y amontonados, fumaban sus pipas en nuestro departamento de hojas de diarios. Yo estaba muerta de cansancio cuando levanté la manta que formaba la puerta de la casa vecina adonde debía dormir, y me preparé para la noche. Me habían preparado una buena cama. Al tenderme en ella, todas las experiencias del día cruzaron por mi mente como una película.

En Ravensbruck había tenido buena disciplina en echar toda mi carga sobre Aquél de quien se dice:

“Echando toda vuestra solicitud en Él porque Él tiene cuidado de vosotros” (1 Ped. 5: 7). Mi fardo de cuidados y cargas estaba lleno al máximo y cuando lo tiré ante el Señor oré: “Señor, aquí están. Ayúdame ahora a dejarlos contigo y a continuar mi camino sin cargas”.

Había ruido por todas partes. ¡Qué inquietud! Repentinamente, por encima de todos los demás ruidos, una conversación me llegó, clara, desde el cuarto contigo, sólo del otro lado de la pared de diarios. Dos hombres estaban tramando lo que harían si algún cristiano osara introducirse en el edificio. No supe el final de la discusión porque yo había quedado dormida antes que dejaran de hablar. El último pensamiento que tuve fue: “Bajo mí están Sus brazos eternos”.

## 16. Sillas Para El Campamento

*“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar”,*  
— *Sal. 32: 8.*

**M**IENTRAS vivía en la fábrica, recibí una invitación de la *Intervarsity Christian Fellowship*, para trabajar durante un período de diez meses entre los estudiantes de los colegios y universidades norteamericanos.

La vida dentro de la fábrica me había agotado. Corría ya el último de los diez meses que había pensado pasar en Alemania. El trabajo allí había sido muy grato pero al mismo tiempo muy fatigoso. Al leer la carta que me había llegado, surgió en mi interior un gran deseo de volver a los Estados Unidos. Los norteamericanos son menos complejos que los alemanes. Por supuesto que no han pasado las horribles experiencias de éstos.

Me encontré perpleja. Tenía muchos deseos de ir a los Estados Unidos, pero sabía también que si era la voluntad de Dios que yo continuara mi trabajo en Alemania Él mismo renovaría mis fuerzas. Sólo quería saber adonde me llamaba.

Pedí un milagro, una señal. ¿Estaba bien? Por cierto que sí: Gedeón también pidió señal.

“Señor, si es Tu voluntad que yo vaya a Estados Unidos, concédeme un pasaje gratis. Esa será la señal que te pido. Yo sé que tú estás dispuesto a concederme el dinero para el viaje, pero no puedo dejar de pensar en las sillas que podría comprar para nuestro campamento de Darmstadt con todo ese dinero.”

Había probado yo lo incómodo que es vivir sin sillas. Cuando equipamos el campamento de Darmstadt entre mis amigos y yo, no tuvimos suficiente dinero para comprar sillas. Pudimos conseguir los elementos más esenciales: camas, ropa, comida, pero no tuvimos dinero para sillas.

Cuando conversé sobre estas cosas con mis amigos, me dijeron que estaba visto que yo no debía irme a Estados Unidos. ¿Por qué no? Mi Dios es un Dios de milagros. El me podría conceder el pasaje gratis.

Un día en que estaba en la oficina de una firma naviera en Amsterdam, dije: “Quiero ir a Estados Unidos y me gustaría ganarme el pasaje trabajando de camarera.” La situación era algo cómica, pues, al fin y al cabo, yo ya no era

muy joven y hasta podría dudarse de mi capacidad de hacer trabajos de esa clase.

“¿Sabe usted que las camareras sólo pueden permanecer una semana en Estados Unidos? Están obligadas a regresar en el mismo barco.”

“Ah, no. Yo me pienso quedar en Estados Unidos diez u once meses. ¿Me permite que le cuente algo de mi historia?”, le pregunté. “Durante la guerra...”

“Espere, ya sé. No necesita decirme una sola palabra más. Aquí tengo su libro ‘El Cristo de mi cautiverio’. Yo conozco toda su historia. ¡Qué maravilloso que Dios la haya llamado a volver a Alemania!

“Sí, es muy cierto pero, ¿cómo sabe usted esto?”.

“Siempre me he interesado por su trabajo y, si no le consigo un pasaje, no será, por falta de esfuerzo de parte mía.”

Solucionó todos los problemas. Viajé en un barco de carga, presumiblemente como camarera.

Los ocupantes de mi campamento en Darmstadt tuvieron sus sillas pero para mí, lo más maravilloso fue la seguridad que Dios me dio de Su voluntad y dirección respecto a mi viaje a los Estados Unidos.

## 17. Hollywood

“Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Juan. 1:12).

**E**STABA excitada esperando ver lo que había de ocurrir, pues había sido invitada a concurrir a una reunión de oración de un grupo de estrellas de Hollywood.

Por cierto que era un grupo de gente de muy buena presencia. Me recibieron cordialmente, pero con muy poca ceremonia, y al principio me encontré un tanto fuera de mi ambiente.

Después que uno de ellos leyó un pasaje de las Escrituras, todos nos arrodillamos, y me emocionó observar un gozo y gratitud en sus oraciones que pocas veces me había sido dado ver. Cuando les hablé, los encontré con mentes receptivas y luego algunos relataron sus experiencias. “Me encontré tan feliz cuando llegué a conocer al Señor Jesús”, me dijo uno de ellos.

“Justamente esa semana debía representar un papel dramático en el que debía llorar. Trataba de hacerlo, pero sencillamente, no podía. Estaba demasiado feliz”.

Algunas de las estrellas contaban de cómo habían sufrido el oprobio y el desprecio por causa de Cristo. Como muchos otros cristianos en los Estados Unidos, se abstienen de beber y de fumar. Por lo tanto, se hace muy evidente en ese medio, que son cristianos. La gente les pregunta: “¿No fuma? ¿Va a la Escuela Dominical?” Profesan su fe con valor y han tenido que sufrir la burla y el desprecio de sus colegas.

Una actriz joven y bonita, Colleen Townsend, me dijo:

“Permaneceré en el mundo de las películas hasta que Dios me indique claramente que lo debo abandonar. Nosotros somos los únicos que podemos acercarnos a nuestros colegas, y queremos aprovechar las oportunidades tanto tiempo como podamos”.

Sólo veinte días después leí en los diarios que había renunciado a un contrato lucrativo para ingresar a una Escuela Bíblica.

La segunda vez que tuve contacto con este grupo fue en su reunión de evangelización que se realizaba cada quince días para los compañeros no cristianos. La reunión se realizaba en la casa de Jane Russell.



La casa es en realidad extraordinaria. Está situada sobre la cumbre de un cerro. El último tramo del camino es tan empinado que es accesible únicamente por automóvil. Una de las paredes de la sala es totalmente de vidrio y puede apreciarse una magnífica vista de Hollywood. La estructura de la habitación y sus muebles son muy originales y de encanto particular.

Un pastor joven habló esa noche y trajo el mensaje acerca del pecado y de la salvación, con mucha seriedad, pero salpicado de verdadero buen humor. Demostró en su mensaje que el mayor de los pecados es la incredulidad y la resistencia a Jesucristo. Proclamó en forma que inspiró a todo su auditorio, no sólo la necesidad de la conversión, sino también el gozo inmenso de ser hijo de Dios. Sin vacilación alguna describió el futuro de aquellos que están perdidos: una eternidad sin Jesucristo.

Sing-Sing y Hollywood. El extremo Este y el extremo Oeste de los Estados Unidos. En ninguna otra parte he sido testigo de tal interés, y disposición de escuchar las Buenas Nuevas.

Pasado un tiempo, relatando esta experiencia de Hollywood en Holanda, mientras daba una conferencia sobre Estados Unidos, alguien me preguntó en el período de discusión: “¿Cómo es posible ser estrella de cine y creyente al mismo tiempo?”.

Pedí sabiduría para responder a esa pregunta y por fin dije:

“Combinar la vida frívola de una estrella de cine con el cristianismo es prácticamente imposible. Igualmente imposibles son las combinaciones que se hacen de soberbia y cristianismo; de auto-suficiencia y cristianismo, de rencores y cristianismo, de crítica y cristianismo”.

Me recuerda el incidente de Jesús y la mujer adúltera. “El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero” (Juan. 8: 7). Y Jesucristo es muy severo en Su mandato a las estrellas de cine y a todos los pecadores, decentes e indecentes: “Vete y no peques más” (Juan. 8:11).

¡Qué maravilloso es saber que El vino al mundo a salvar a los pecadores! Sobre el Calvario vemos el horror del pecado, pero también le vemos a El, que apareció “para deshacer las obras del diablo” (1 Jn. 3: 8).

“Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas” (Ef. 2:10).

Cuando estamos escondidos con Cristo en Dios, estamos de parte de la victoria.

## 18. En Londres

*“Dios está dispuesto a entrar al corazón, como la luz esta dispuesta a inundar la habitación que se abre a su brillo”. — Amy Carmichael.*

SE me pidió que visitara a una mujer internada en un hospital de enfermos mentales en Londres. Había caído presa del odio. Siempre había vivido en Palestina. Su esposo había sido generoso con los judíos, pero fueron los judíos quienes dejaron caer una bomba sobre su casa. Cuando recobró el conocimiento y encontró que su esposo estaba muerto, abrió su corazón al odio. Su vida era un doloroso naufragio. Pasaba el día entero leyendo los diarios para descubrir las noticias de los judíos. Si algo terrible les ocurría, ella se alegraba.

¡Pobre mujer!

Cuando entró a la sala adonde yo la aguardaba, me miró llena de desconfianza. Pedí sabiduría y amor.

“Ya sé exactamente lo que usted me va a decir. Que debo orar”, comenzó a decirme, desafiante. “Pero yo no puedo orar”.

Yo no le contesté y ella continuó diciendo:

“Yo sé justamente lo que usted me va a decir después. Que debo deshacerme del odio que tengo en mi corazón, porque sólo entonces podré orar otra vez”.

“¿Quién le ha dicho éso?”

“El capellán del hospital”.

“Sin duda el capellán debe ser una persona muy joven todavía, que no sabe aun cuan poderoso es el diablo del odio. Usted y yo lo sabemos bien. Yo estuve con mi hermana en el campo de concentración. Cuando me maltrataban, lo podía soportar, pero, cuando veía que estaban por castigar a mi hermana porque ella estaba demasiado débil para palear arena, el odio trataba de entrar a mi corazón. Y allí experimenté el milagro. Jesús había plantado Su amor en mi corazón y no había ya lugar para el odio. Lo único que puede usted hacer es abrir su corazón a ese amor. Ese amor es una realidad. Si una habitación está oscura mientras el sol brilla afuera, ¿tengo yo que sacar la oscuridad? Por

supuesto que no. Abro las cortinas y tan pronto como entra la luz, se disipan las tinieblas”.

Las dos nos arrodillamos y yo oré:

“Señor, aquí estamos; somos débiles, mucho más débiles que el diablo del odio, y ahora abrimos nuestros corazones a Ti. Te damos gracias que Tú estás dispuesto a entrar a nuestros corazones de la misma manera que el sol radiante inunda una habitación que se abre a su luz”.

Una semana más tarde la mujer fue dada de alta, sana. Su corazón estaba lleno del amor de Dios.

## 19. May

“Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”  
(1 Jn. 3: 8).

**E**N medio del bosque se levantaba una bonita glorieta. May y yo caminábamos por los acantilados, cerca de Lynton sobre la costa oeste de Inglaterra. El día anterior habíamos escuchado un impresionante sermón sobre las demandas que Dios hace de rendición incondicional.

Descansamos unos momentos en la glorieta y May usó el tiempo para burlarse del sermón. No sólo su contenido, sino también su estructura, cayeron bajo su crítica. May hizo jirones al sermón oído. No pude reprimir una sonrisa al mirarla.

“¿A qué vienen todas estas críticas? ¿No será quizás porque no quieres hacer aquello que se demanda de ti? ¿Te has rendido completamente a Dios? En Juan 3 leemos la historia de un hombre que fue a Jesús. Se le dijo que ‘el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.’ ¿Se ha realizado en tu vida ese nacimiento del Espíritu de Dios?

“El Espíritu de Dios está aquí, quiere morar en ti pero tú debes hacer la elección. ¿Te parece tan difícil? No hace mucho se trataba de hacer una elección entre Jesús y un mundo progresista y de civilización siempre creciente. Hoy se trata de hacer una elección entre Jesús y un mundo que declina rápidamente.

“Te parecerá muy complicado, ¿pero no es muy similar a una propuesta de matrimonio? ¿Qué respuesta espera el joven cuando pide a una niña que se case con él? Hay sólo dos posibilidades: sí o no. Ocurre lo mismo cuando eliges entre Jesús y el mundo. Jesús dice “Venid a Mí,” pero tú contestas “No”, porque alguna razón hay para tu crítica, ¿verdad?”

“A pesar de lo que usted dice, me gustaría rendirme a Jesús”, me contestó. “De todo corazón anhelo la paz con Dios. En realidad, conozco el camino, pero cuando estoy a punto de decir “sí”, parece levantarse una barrera que me impide de rendirme”.

“Escucha, May. Examina los hechos de tu vida y di si alguna vez has tenido contacto con el espiritismo. ¿Has consultado alguna vez a un adivino? ¿No sabes que cuando lo haces, caes bajo su influjo al punto

que te cierra el camino a Dios? Sí, hasta el camino de la conversión. Una influencia así puede haberte engañado aunque sólo hayas permitido tratos con un hipnotizador. Estas personas están del lado del error y puede haber gran peligro en ellos.”

May se rió burlonamente.

“En realidad de verdad, hace años me dejé persuadir de consultar a un adivino, pero yo no creí nada de lo que me dijo y lo hice por reírme no más. Fue muy divertido y nos reímos mucho. Me había olvidado completamente del incidente pero ahora que usted me preguntó me ha vuelto con absoluta claridad. Pero no puedo creer que haya habido ningún daño en eso. Yo no di importancia a nada de lo que me dijo.”

“Suponte May, que fueras soldado y que tuvieras que reconocer cierto terreno durante una acción. Por error caes en manos del enemigo por haberte introducido en su territorio. ¿Crees que te valdría de algo decir: “Discúlpeme por favor. Yo no tenía intención de venir aquí, lo hice por error?” Una vez que estás en territorio enemigo, estás a merced del enemigo. Aunque no lo sepas, un demonio se ha posesionado de tu corazón y tu vida ha caído bajo su dominio. Cuando tú quieres convertirte, él se interpone. Tú no entiendes su significado y es por esa razón que es particularmente peligroso. San Pablo dice en Ef. 6:12: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades.”

La risa burlona había desaparecido del rostro de May y en su lugar había una expresión de temor.

“No te digo estas cosas para asustarte, May. Si no tuviese ninguna cosa más para decirte, hubiera sido mejor que me hubiera callado, pero el primer paso hacia la victoria es conocer la posición del enemigo. Lo maravilloso de Jesús es que Él es el vencedor. Él es mucho más fuerte que todos los poderes del infierno. Lo que debes hacer es cerrar la puerta en el sitio exacto adonde la abriste. Lo que quiero decirte es esto: piensa en uno de los textos de las Escrituras que te hable del perdón.”

May pensó unos instantes y dijo: “Col. 1:14: En el cual (en su amado Hijo) tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados.”

“Muy bien. Ahora pide al Señor Jesús que vuelva contigo al momento mismo en que cometiste ese pecado. Confiesa tu pecado, pide perdón y dale las gracias, porque el texto que tú me has citado es verdad. La

puerta, por lo tanto, está cerrada y tú quedas libre. Ya no estás a merced del demonio.”

“Yo misma tuve oportunidad en una ocasión de mostrar el camino de la salvación a una adivina. Era en Alemania. Todo el día estuvo ocupada “cerrando las puertas”.

Volvió adonde yo estaba y me dijo:

“Me siento más contenta, pero sé que hay pecados que he olvidado pues no estoy completamente libre.”

“Díselo al Señor Jesucristo. Tal como lo has hecho conmigo, y da gracias por el perdón”, le repliqué.

“Dos días más tarde volvió a verme y me dijo: ‘Esta mañana me desperté cantando. Estoy totalmente libre’. Estaba llena de alabanza y gratitud al Señor.

“¿No lo harás tú también, May? Yo sé con toda seguridad que obtendrás la victoria. Te dejaré sola ahora. Tendrás que resolver lo demás sin mí.”

La dejé sola y volví al lugar de la conferencia. Las olas batían contra los acantilados. Se avecinaba un temporal y la escena era impresionante. Cerca de la costa, un peñón abrupto surgía del mar. Parecía que dos enormes fuerzas lucharan entre sí, pero el peñón permanecía inmóvil en medio de las olas.

La última noche de la conferencia, quien dirigía la reunión invitó a los que desearan hacerlo, a relatar lo que habían aprendido o experimentado durante esos días. May se paró y dijo: “Yo he aprendido y experimentado aquí que Jesús es el vencedor:”

## 20. Suiza

*Es una necesidad subestimar el poder de Satanás  
pero es fatal sobreestimarlo.*

**D**URANTE tres noches sucesivas tuve el privilegio de hablar en una pequeña iglesia suiza construida contra la ladera de la montaña. Fui huésped en la casa pastoral y me fueron tan agradables las conversaciones con el pastor como el espléndido paisaje desde la ventana de mi dormitorio y el aire puro de la montaña.

La última noche hablé sobre la realidad de las promesas de Dios. A menudo no entendemos estas promesas. Parecen demasiado elevadas y alejadas de nuestra comprensión, así que preferimos dejarlas a un lado sin darles la seria atención que merecen. Esa no es la intención de Dios. Con Su omnipotencia y amor, Él está tras cada una de Sus promesas y las ha hecho con toda la intención de cumplirlas. Por lo tanto, creo que pecamos cuando las ignoramos o las evadimos, perdiéndonos en explicaciones teológicas.

Mi tren no salía hasta la noche siguiente, así que, aprovechando la tarde, estaba afuera mirando el hermoso panorama que se extendía ante mí. En la distancia aparecían los picos nevados y, delante de las altas montañas, las laderas verdes de las serranías. El cielo estaba intensamente azul, los pájaros cantaban exuberantes y yo misma entonaba en voz baja un himno de alabanza al Creador acerca de la bendita fe.

Llegaron visitas para verme: una madre con su hija de quince años. Daba enorme pena ver a la niña: ante el menor ruido temblaba de miedo y ocultaba la cara contra la madre. El rostro de la madre se mostraba pleno de dolor al hablarme en tono de ruego:

“Usted habló anoche sobre la realidad de las promesas de Dios”, me dijo.  
“¿Usted misma lo cree?”

“Sí, creo”, le contesté de inmediato. “Las promesas de Dios son una realidad mayor que nuestros problemas”.

“Entonces, por amor de Cristo eche este demonio”, me dijo con vehemencia.

Me hice atrás como que me hubiera pegado. Cualquier cosa menos eso. Ese era un terreno sobre el cual no me quería aventurar. Quizás otros lo podrían hacer, pero yo no.

Oré silenciosamente y dije: “Tú sabes que yo no puedo hacerlo y que no lo haré”.

El Señor me respondió clara y terminantemente:

“Tú debes hacerlo porque hay más verdad en lo que has dicho a la mujer de lo que tú misma comprendes. Mis promesas son verdad”.

La madre y yo leímos Marcos 16 y oramos juntas y pedimos a Jesucristo que nos cubriera con Su sangre y nos diera segura protección en toda lucha contra el diablo y en sus ataques.

Pregunté a la niña: “¿Conoces al Señor Jesús?”

“Sí,” me respondió, “pero yo quisiera que me hiciera feliz. Yo quiero ser feliz”.

Hablé luego al demonio, en el nombre del Señor Jesucristo quien ha obtenido la victoria en la cruz y nos ha limpiado con Su sangre. En el Nombre de Jesús mandé al demonio que saliera de la niña y que se volviera al infierno de donde había salido. Le prohibí que entrara a otra persona o que volviera a la niña otra vez.

La pobrecita niña se fue de la casa pastoral tan poseída como cuando vino, y yo me sentí profundamente entristecida. ¡Qué débil era mi fe y qué desprovista de poder! ¿Era sólo teoría, entonces lo que yo había estado predicando? ¿Era teoría que había fracasado cuando procuré ponerla en práctica?

Fui hasta el escritorio del pastor y pedí permiso para entrar. Me recibió bondadosamente. “Necesito su ayuda”, le dije. “Mi fe era demasiado pequeña y ahora lo tendrá que hacer usted”. Le conté lo ocurrido.

Me miró sorprendido y me dijo: “Esa es una esfera a la cual me niego a entrar”.

“¿Pero quién lo hará? Usted es el pastor de este rebaño, y usted tiene las promesas de Dios. Por favor lea Mar. 16:17”.

Tomó su Biblia y leyó:

“Y estas señales seguirán a los que creyeren: en mi nombre echarán fuera demonios”.

Y luego el versículo 20:

“Y ellos saliendo, predicaron en todas partes, obrando con ellos el Señor, y confirmando la palabra con las señales que se seguían”.



El pastor se cubrió la cara con las manos. Su lectura se había ido haciendo oración y le oí susurrar: “Perdóname Señor, pues he descuidado mis deberes”.

Mi corazón se llenó de alegría. Esta era, entonces, la razón de mi fracaso. Este pastor debía aprender algo, y Dios me había usado como Su instrumento.

Cuando me fui al anochecer, no había ya oscuridad, sino sólo gratitud en mi corazón. Había mucho que yo no comprendía aún, pero sabía que todo estaba bien.

Jesús es Vencedor.

Dos días más tarde recibí una carta de ese lugar.

“Corrie, algo maravilloso ha ocurrido. Cuando la madre y la hija pisaron el umbral de su casa, el demonio salió de la niña. Esta mañana las dos me vinieron a ver llenas de alabanza y de acción de gracias hacia aquel que ha hecho sus promesas en las Escrituras con toda intención y fidelidad. Mi esposo quiere saber cuándo podrá usted visitarnos otra vez y quedar con nosotros más de tres días”.

Yo sabía que esto no sería necesario. Jesús es el Vencedor, y Él usa a todo aquel que está dispuesto a obedecerle.

## 21. Deudas Pendientes

*Despojamos la obra de Jesucristo de su eficacia, y estamos impotentes ante el adversario porque dudamos la integridad de la Palabra de Dios.*

UN joven pastor me acompañaba a la estación. Aprendo mucho de mis conversaciones con la gente. Yo quisiera que todo el que trabaja en la extensión del evangelio pudiera viajar como lo hago yo, pues encontrarme con tanta gente me es una fuente diaria de conocimiento. Por supuesto que uno no acepta todo lo que oye, como no acepta todo lo que lee en los libros. Pero, como al comer pescado uno come la carne y deja a un lado las espinas, también en la conversación hace lo propio y aprende mucho al hacerlo.

Habíamos tenido una hermosa reunión. El Espíritu de Dios había estado trabajando y ahora pregunté al pastor si tenía algo que comentar acerca del mensaje. Hay muy pocas personas que tienen la franqueza necesaria para criticar el mensaje de otro, pero es sólo por la crítica honesta que se puede aprender.

“Ya que me pregunta”, me contestó, “le diré que me pareció muy bueno su mensaje, pero no me gustó su terminología. Usted habló de la sangre de Jesús. Es un término ese que prefiero dejar a las sectas”.

Aunque hacía muy poco que le había conocido, me sentí con suficiente libertad para corregir al joven y le dije:

“Usted está en peor compañía que yo. El diablo tiene gran aversión a ese término, en realidad, lo odia aun más que usted mismo. Yo estoy mejor acompañada: estoy junto con los apóstoles Pablo, Juan y Pedro. Y, ¿sabe una cosa? Al mirar a la congregación en su iglesia esta mañana, vi a muchos que están bajo la maldición de los poderes malignos”.

“No sólo bajo maldición,” me dijo. “Muchos en mi congregación están poseídos de demonios. Es terrible y yo permanezco impotente ante ello,” exclamó.

“¿No será que su falta de poder sea un resultado directo de suprimir esta importante doctrina del mensaje de la Biblia? Leímos en Apoc. 12:11: “Ellos le han vencido (al diablo) por la sangre del Cordero”. Aceptemos con gozo la espada del Espíritu que es la Palabra

de Dios; y no debilitemos nuestra posición usando sólo lo que es hermoso o atrayente en la Biblia o únicamente lo que podemos aceptar por la razón”.

Continuamos conversando mucho rato, y cuando el tren estaba por partir, me dijo riéndose:

“Quizás sea cierto aquello de que las sectas constituyen las deudas impagas de la iglesia”.

## 22. Las Bermudas

“El que está en mi, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mi nada podéis hacer”. (Juan. 15: 5).

UNA turista en las Bermudas aprovechó sus vacaciones no sólo para el descanso y el placer, sino también para extender el evangelio. Fue para ella un tiempo de gran bendición, y después de regresar a su casa en Jenkintown, prosiguió fiel en su intercesión por la gente que vivía en aquellas hermosas islas. Junto con su grupo de oración pedía que muchos llegaran a aceptar el evangelio.

¿Hay mejor preparación para el avivamiento que el de un grupo de personas que oran de común acuerdo? ¿Puede haber obra más importante que la de la oración intercesora?

Visitando a esta amiga mía, me preguntó si podría arreglar de ir a las Bermudas por una semana. En ese momento me era posible incluir una semana mas en mi programa pero, no tenía dinero para el viaje en avión. Pedí dirección al Señor. Cuando se me hizo evidente que era la voluntad de Él que yo fuera, escribí de inmediato a las Bermudas diciendo que vendría; la cuestión del dinero se la confié al Señor. Dentro de los dos o tres días subsiguientes, me llegaron cheques de distintas personas, ninguna de las cuales sabía del viaje en proyecto, pero la suma enviada cubría exactamente el precio del pasaje de ida y vuelta.

Ahora estaba el avión aproximándose a la tierra.

El agua gris que se extendía debajo nuestro se iba tornando azul, como si un gran tintero se hubiera volcado en el mar. Vi casas blancas y mucho verde, y al bajar, flores magníficamente coloreadas por todas partes.

¡Qué pedacito precioso de tierra! El sol en el ocaso agregaba aun más brillo a los muchos colores.

Los Inspectores de Aduana, con sus uniformes blancos, revisaron nuestro equipaje. Uno de ellos miró mi documentación y me dijo:

“Señorita ten Boom, la atenderé lo más rápido que me sea posible pues nuestro grupo de oración la está esperando. Luego iremos juntos directamente a la reunión”.

¡Qué bienvenida tan llena de promesa! Desde el aeropuerto iríamos directamente a una reunión de oración. Prometí ser una semana llena de actividad.

Por cierto que lo fue. En el grupo de oración esa noche había manifiesto interés, una sincera gratitud por el mensaje y el deseo de saber más del evangelio.

Fue el principio de una semana de bendición como no había conocido otra.

Mi programa estaba repleto. Me habían hecho por lo menos veinte compromisos para conferencias públicas y casi no me quedaba tiempo para prepararme entre los distintos compromisos. No podía, ni quería tampoco quejarme, pues les había pedido que me dieran cuantas oportunidades pudieran, a fin de aprovechar al máximo mi visita. Me faltó tiempo para dormir pues las discusiones después de las reuniones a menudo duraban hasta muy entrada la noche.

A veces sin embargo, podía dormir algunos momentos entre una reunión y otra.

Siempre que hablaba, pedía a todos los que pudieran y quisieran hacerlo, que oraran durante la reunión que Dios me hiciera un canal abierto para Su Palabra y que Su Espíritu trabajara en el corazón de la gente. Me sentía sostenida también por las oraciones de los amigos en Estados Unidos que me apoyaban mientras aguardaban grandes resultados de este trabajo.

La primera mañana vino a entrevistarme un joven de la prensa. Nos fue posible orar juntos y él llegó a ser un importante y leal colaborador en la obra. Estuvo presente en cada una de las veinte reuniones, y cada día aparecía en la prensa un resumen exacto y excelente de mi mensaje. El resultado de esto fue que mis mensajes llegaron a ser leídos por muchos que no estuvieron en las reuniones, ello me ofrecía posibilidades de nuevos contactos.

El trabajo era sumamente variado y me llevó desde un jardín de infantes de los más simpáticos niños de color, hasta una ceremoniosa reunión del Rotary Club; desde las cárceles de estas islas, hasta sus iglesias. Y en medio de todo, muchas conversaciones en la calle, en los negocios o en las oficinas.

Por los angostos y serpenteantes caminos, me llevaba mi organizador de un lado para otro. El tráfico conserva su izquierda ya que es territorio británico; y los automóviles no pueden exceder las veinte millas por hora. Lo afortunado es que en estas islas hay tiempo para todo.

Al arribar a nuestro destino, un hombre de color se acercó y me dijo: “Yo no sabía que había verdaderos hijos de Dios entre la gente blanca, pero desde nuestra reunión de oración estoy convencido que sí.” Y luego agregó: “Dios le dio buena práctica en su trabajo entre los retardados mentales en Holanda. Usted habla ahora con tanta sencillez, que todos podemos entenderle.” Muchas veces yo había dado gracias a Dios por esa parte de mi experiencia pero me sorprendió que este hombre hubiera apreciado su importancia tan pronto.

Mi mensaje ante el Rotary Club fue transmitido por radio, y en su transcurso hice un cumplido a la prensa. Dije:

“Muy a menudo he leído en los diarios las más exageradas fantasías respecto a mi persona. Una vez, por ejemplo, leí que yo había liberado a treinta y cinco mil prisioneros. Aquí en las Bermudas, la prensa es excelente. Los puntos sobresalientes de mis mensajes son publicados con mucha corrección. He estado en muchos lugares, pero en ninguna otra parte ha sido mejor el servicio informativo.”

Al día siguiente apareció un gran titular en primera plana: “Corrie ten Boom dice que las Bermudas tienen los mejores reporteros del mundo.” Lo bueno fue que después de esto se esforzaron aun más por darme excelente publicidad.

Así que todo resultó para bien. El Espíritu de Dios estaba trabajando en el corazón de muchas personas. Los mensajes que parecían haber hecho la mayor impresión fueron verdades como éstas: Que el problema del pecado ha sido resuelto en la cruz; que el diablo y los demonios son espíritus conquistados; que nuestra lucha es una lucha de fe, a través de la cual llegamos a ver la victoria de Cristo.

Fue un gran privilegio predicar estas Buenas Nuevas en las cárceles. Ocurrió algo entre los presos del lugar. La primera vez que hablé, un hombre se paró y me dijo:

“Vuelva otra vez. La entendemos a usted y nos gusta escuchar las cosas que usted dice. Por favor, vuelva otra vez. No somos tan malos como piensa la gente.”

Se me permitió hablar varias veces, y los presos obtuvieron permiso de escuchar también mis cuatro mensajes radiales. Aprendimos así a conocernos rápidamente. La última vez que los visité, un preso se paró y me pidió que cantáramos el himno: “Tal como soy. Bendito Cristo, vengo a Ti.” “Sí”, dije accediendo, “pero lo cantarán únicamente aquellos que vienen a Cristo por primera vez o para rendirse totalmente al Salvador.” Mientras viva recordaré el rostro de esos hombres que cantaban, profundamente emocionados, sería pero

gozosamente: “Bendito Cristo, vengo a Ti.” Antes de la segunda estrofa, dije: “Quiero que canten esta estrofa únicamente aquellos que desean poseer la plenitud del Espíritu de Dios.” Luego, con la estrofa siguiente: “Cantemos esta estrofa como testimonio a quien está a nuestro lado.”

Terminada la reunión, se me acercó un hombre, tosco, sin afeitar. Puso en mis manos un pequeño cofre de cedro. Representaba muchos meses de trabajo. Otro preso me apretó la mano y me dijo: “Yo soy hijo de Dios.”

El alcaide me dijo después, que los presos conversaron todo el día de lo que habían oído.

Después de esta visita, hubo una última reunión en la iglesia. Mi primer mensaje había sido dirigido a un puñado de personas en una de las habitaciones del subsuelo. Ahora la iglesia estaba llena de personas blancas y de color, cosa completamente desusada en las Bermudas. Los hermanos y las hermanas de color, no podían reprimir su gozo. Sus “Aleluyas” y “Gloria a Dios”, resonaban en el templo. Al concluir, anuncié el mismo himno que habían cantado los presos: “Tal como soy. Bendito Cristo, vengo a Ti.” Relaté al auditorio lo que había ocurrido en la cárcel, y agregué:

“Quienes no canten esto con sinceridad de corazón, serán precedidos en el Reino de Dios por los presos de la cárcel.”

Yo sabía que los presos estaban escuchando, porque esta última reunión era propalada por radio. ¡Y qué reunión!

Terminada la reunión, una señora blanca me dijo:

“¿Será éste el comienzo del avivamiento por el que hemos estado orando tanto tiempo?”

Bermudas, islas de gran belleza natural, vestida de colores en cada rincón. Aguas de profundo azul, campos cubiertos de lirios, casas blancas. Bermudas, islas de gente cariñosa. Algunos amigos me habían llevado a un negocio y me dijeron: “Debe comprarse algo para usted. Este dinero será usado para usted. No queremos que los use para la obra en Europa.” Después deliberaron largo rato sobre lo que sería bastante hermoso para mí.

Como un rayo, me volvió a la mente un cuadro del pasado. Como despreciada prisionera en Scheveningen, no se me había permitido el lujo de caminar en las esteras de los pasillos. Era demasiado bueno para mí aunque no pasaba de ser del más ordinario yute: yo no lo podía pisar, tenía que caminar a los costados. ¡Qué cárcel gris e incolora! ¿Era un favor especial que me dispensaba Dios al

permitirme disfrutar de los alegres y brillantes colores de este paraíso en medio del Atlántico y del afecto de estos cálidos isleños?

¿Cuál ha sido la más feliz experiencia de esta bendita semana? Justamente esto: El privilegio de hablar de las grandes riquezas de la Palabra de Dios a gente que no se cansa de escucharla; a gente que tiene hambre del evangelio y que nunca se sacia de oírlo. Es inexplicable el gozo de poder hablar desde temprano a la mañana hasta tarde a la noche de las promesas de Dios, que son más grandes y tienen mayor realidad que nuestros problemas; del amor que Él exige de nosotros pero que Él mismo nos da.

Y yo comencé a orar:

“Señor, permíteme tener más experiencias como ésta. Quiero trabajar obedientemente adonde Tú me llames, pero llámame, te ruego, a lugares adonde la gente esté tan hambrienta del evangelio como en Bermudas, adonde yo pueda entregar tan abundantemente tus grandes riquezas. Es tan maravilloso poder compartir mis experiencias con los demás. Señor, ¿quién soy yo para tener tantos privilegios? Gracias, Padre, por estos ocho días, los más maravillosos de mis cuatro años de viajes.”

Luego vino Cleveland. Yo estaba parando con amigos que me eran muy queridos, pero no tenía mayor oportunidad de hablar en su iglesia: lo hice en una reunión nocturna con muy poca concurrencia y hablé quince minutos ante los niños de la Escuela Dominical. Me sentía muy descontenta. ¡Sólo una Escuela Dominical! No, comparado con esto, Bermudas sí me había apreciado. ¡Y yo que era Corrie ten Boom!

¡Qué éxito para el diablo! ¡Imagínense! El Señor Jesús se quedó levantado una noche para hablar con un hombre, Nicodemo. Y Jesús lo consideró tan importante que explicó a este hombre la parte más hermosa del evangelio: San Juan 3. Y yo me permitía pensar que no valía la pena predicar la Palabra a un grupo de niños, niños que tenían ante sí toda su vida; niños que no habían plantado tan firmemente sus raíces en el suelo como los adultos. Es tanto más fácil enderezar al árbol joven que al árbol viejo. Pero, la soberbia se había adentrado en mi corazón, y allí mismo, las cosas comenzaron a andar mal — y aunque el comienzo de la senda se desvíe muy ligeramente, su final estará muy lejos del destino que debió tener.

Chicago era la ciudad que seguía en mi programa, pero no me había llegado la confirmación de mis compromisos allí. Por lo tanto, decidí, sin esperar dirección, que me era lo mismo llegar un día después del día previsto. Habían



surgido algunas oportunidades inesperadas de hablar en Cleveland, así que mandé un telegrama a Chicago para advertirles que llegaría dos días más tarde.

Un amigo me esperaba en la estación de Chicago. Sus primeras palabras fueron:

“¿Por qué no vino usted en la fecha indicada? Ha perdido usted dos importantes compromisos.”

Sorprendida y un poco chasqueada, le dije:

“¿Pero por qué no me escribió y confirmó los arreglos?”

“¿Cómo lo habíamos de hacer si usted no nos mandó su dirección en Cleveland?”

¡Qué avergonzada me sentí!

Todo en Chicago parecía enredarse más y más. No conseguí hacer las conexiones necesarias y todo parecía salir mal. Me equivocaba en cada paso. Estuve contenta cuando por fin llegó el momento de salir para Holland, Michigan.

La primer noche que pasé allí, conversé hasta el cansancio con mis buenos amigos.

“¿Qué tal le fue en Bermudas?”

“Maravillosamente. ¡Qué lugar! ¡Qué gente magnífica! ¡Qué hambre tienen por la Palabra de Dios! ¡Qué hermoso es. Campos enteros de lirios, árboles llenos de flores, el mar profundamente azul...!”

“¿Cómo estuvo Cleveland?”

“Nada extraordinario.” Y rápidamente volví a hablar de las Bermudas.

“¿Y Chicago?”

“Un lugar horrible en el verano. Es asfixiante de día y de noche. No, a mí denme las islas Bermudas.”

Esa noche tuve una larga conversación con mi Señor. Yo había dicho muchas veces a la gente:

“Si en tu pasado hay alguna sombra que no quieres recordar, párate donde estés y llévalo a Dios en oración. Pídele que vuelva contigo sobre tus pasos hasta ese lugar oscuro pues, “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”, y Su presencia cambia en luz las tinieblas más densas.”

Ahora me tocaba a mí poner en práctica este precepto y oré: Señor, vuelve conmigo a Chicago y a Cleveland. ¿Qué pasó allí?”

La respuesta fue muy clara: “En Cleveland y Chicago estuvo Corrie ten Boom sin Mí. En Bermudas estuvo Corrie conmigo.”

Ahora podía verlo con toda claridad. ¡Qué bendición es ver la realidad de las cosas! Sí, la realidad de nuestro propio pecado, nuestra indignidad, nuestra incapacidad — pero a la luz de la victoria de Cristo.

“Sin mí, nada podéis hacer”, dijo el Señor. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece’ (Fil. 4:13) dijo Pablo.

El pámpano de la vid, sin Él, no lleva fruto, pero con Él, lleva mucho fruto. Hasta el cien por ciento.

## 23. Las Finanzas

*Suyo es el oro y la plata de toda la tierra, el ganado de los campos mil.*

**E**N MIS primeros viajes a Estados Unidos yo acostumbraba hablar de la necesidad en los Países Bajos y en Alemania, y de la obra que estábamos realizando allí; y luego pedía el apoyo económico del auditorio.

En general, los norteamericanos son muy generosos. Las muchas encomiendas que han enviado a los países desolados de Europa durante los años de post-guerra dan testimonio de su liberalidad. Esas encomiendas en la mayoría de los casos, no procedían de las clases adineradas. He estado presente muchas veces cuando las amas de casa preparaban los paquetes. Cada vez que salían a hacer sus compras, compraban algo para Europa, y estas compras se iban acumulando en un lugar destinado para ese fin. Me pregunto si usarían sus diezmos para este trabajo. Muchos cristianos separan una décima parte de sus entradas para la obra de Dios, y son fieles en esta administración aun en los tiempos de escasez.

Preparar estos paquetes no era tarea fácil. Había muchos formularios que llenar, y el peso y las dimensiones de los paquetes debían satisfacer determinadas condiciones. Sólo entonces podía llevarse el paquete al correo.

“Gracias a Dios que marchó esa encomienda. Afortunadamente no sobrepasaba el peso fijado”, exclamaba la cansada señora. Luego agregaba, como las he oído decir tantas veces:

“Me alegro de que puedo hacer algo por la gente de Europa que vive bajo circunstancias tan penosas.”

Ha sido ardua la tarea. La mujer norteamericana no lleva una vida fácil. Muchas veces está empleada fuera del hogar a fin de ayudar a solventar los gastos. Luego a la noche está ocupada en interminables actividades sociales y de iglesia. Mucha gente en Europa piensa que todos los norteamericanos son ricos, pero no es así. Por lo general tienen que trabajar tanto como en cualquier otra parte del mundo para mantenerse a flote.

No les parece extraño a los norteamericanos que un orador de Europa pida que se levanten colectas para la obra en el Viejo Continente, pero a mí a veces me parecía que no estaba del todo bien hacerlo.

Había estado hablando en una oportunidad sobre las necesidades de Holanda y de Alemania. Después de la reunión, una señora muy bien vestida y de porte

distinguido, se acercó para entregarme una suma de dinero para la obra en aquellos países.

“Fue muy interesante oír su disertación sobre la obra que realiza”, me dijo.

“¿Qué le pareció el resto del mensaje? ¿No le pareció importante también?”, le pregunté.

“Por supuesto que es muy importante dar dinero para la obra evangelística, pero hoy hablé también de la conversión. Dios no sólo quiere algo de nuestro dinero. El quiere nuestro corazón. Debido a Su gran amor por nosotros, quiere poseernos completamente. El Señor Jesús quiere que venga usted a Él con todos sus problemas, con sus pecados, con toda su inquietud respecto al pasado, con todos sus temores respecto al futuro. El dice ‘Yo os haré descansar. Permítale controlar las riendas de su vida. Comprenderá entonces usted que Su yugo es fácil, y Su carga es ligera y que el gozo de Jesús llena su corazón. El propósito de Él es que “Mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.” (Juan. 15:11).

Mientras le hablaba, una expresión altiva se reflejó en su mirada. Muy fríamente se disculpó sin responder a mis comentarios.

De regreso, en mi habitación, miré tristemente el dinero que me había dado. ¿No estaría mal, quizás, hablar de la obra que uno realizaba al mismo tiempo que hablar de la necesidad de la conversión? Puse el asunto en oración y la respuesta que recibí fue muy clara:

“Desde ahora en adelante, no deberás pedir dinero.” Mi corazón se llenó de gran gozo y oré:

“Padre Celestial, Tú sabes que necesito más dinero que nunca antes, no sólo para los gastos de viaje y la casa en Holanda, sino también para el campamento de refugiados en Alemania. Pero, desde ahora en adelante, la pequeña obra de evangelización del “Instituto ten Boom” será realizada sobre la misma base de la gran obra misionera de Hudson Taylor. Yo sé que Tú nunca nos dejarás.”

Ese día recibí dos cartas. Una era de una mujer en Suiza. “Corrie, Dios me ha dicho que nunca más debes pedir dinero”, me decía. La otra carta era de una hermana mía en Holanda. Me escribía:

“Cuando oré por tu trabajo esta mañana. Dios me mostró con mucha claridad, que no debes pedir sostén financiero a nadie. Dios lo proveerá todo.”

Pensé en aquella noche cuando, en el campo de concentración, mi hermana Bep y yo habíamos hablado sobre nuestros planes. “Corrie, no debemos gastar nuestras energías en recolectar dinero. Dios está dispuesto a suplir todas nuestras necesidades.”

Y ahora, este mensaje repetido: en Suiza, a mi amiga; en Holanda a mi hermana y en Estados Unidos, a mí. Dios toma seriamente su prohibición de pedir dinero lo mismo que Él tiene propósitos serios de cuidar y protegernos. El está dispuesto y puede suplir toda necesidad nuestra de acuerdo a Sus riquezas. Nosotros podemos acogernos a esa promesa en un cien por ciento.

## 24. La Segunda Venida

Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (1 Tes. 4:17).

**E**STÁBAMOS sentados bajo la sombra de un gran árbol en el parque. Se celebraba una conferencia en la señorial mansión que se levantaba a nuestras espaldas, pero el día estaba tan espléndido que las reuniones se celebraron al aire libre, en el parque de la residencia. La vista del lago, con el bosque en la distancia era hermosísima.

Nuestra reunión en ese momento no era oficial. En dos de mis conferencias yo había hablado de la Segunda Venida del Señor Jesús, y varias personas me habían expresado el deseo de saber más del tema. Yo ofrecí, por lo tanto, transmitirles lo que sabía en algún momento libre entre las reuniones programadas.

Comencé dándoles una ilustración: “Una misma persona llamaba diariamente a la operadora de la central telefónica para pedirle la hora. Después de algunos meses en que se repetía diariamente, preguntó la razón de la llamada. “A las doce en punto”, contestó el hombre, “debo tocar una sirena”. Sorprendida, la telefonista dijo:

“Y yo misma he puesto en hora diariamente mi reloj precisamente por esa sirena.”

Tal es la situación del mundo de hoy. No hay fundamento, ni seguridad, ni un objetivo regulador sano.

La Biblia es, sin embargo, nuestra hora “standard...”

“Dadme un punto de apoyo fuera de la tierra sobre el cual descansar mi palanca y moveré el mundo”,

dijo Arquímedes.

Tenemos el punto de apoyo de Arquímedes en la Palabra de Dios.

La gran bendición de nuestro tiempo es que el mundo comprende que está en bancarota. El contentamiento tan generalizado de la clase media, que daba al mundo un falso sentido de seguridad hasta hace unos cuarenta años, ha desaparecido. Esa sirena se ha desviado demasiado de la hora real y, como

resultado, la gente ha perdido confianza en ella. Estos son los días en que la trompeta de cada cristiano debe sonar con seguridad y exactitud.

El mundo se queja de que ya no hay porvenir. Sin embargo, encontramos en la Biblia que uno de cada veinticinco versículos nos hablan del futuro asegurado del reino de Dios en la venida de Su Hijo. No hay nadie que teme Su venida tanto como el diablo; y ha sido una victoria del diablo que el mayor consuelo que la Biblia nos da, haya sido convertido en asunto de controversia teológica.

Jesús mismo, Pablo, Pedro y Juan, todos afirman en palabras inequívocas, que habrá un momento en el tiempo, en el cual volverá Jesús. Este suceso trascendental será tan glorioso para aquellos que le pertenecen, que de él se ha escrito: “Por tanto, consolaos los unos a los otros en estas palabras.” Porque estarán para siempre con el Señor. Para aquellos que no le aman, habrá juicio y tribulación. Está escrito con mucha claridad.

Habrà señales de los tiempos de los cuales debemos ser observadores. Para quienes no pertenecen a Jesús, vendrá “como ladrón de noche”, pero los hijos de Dios no están en tinieblas para que aquel día los sorprenda como ladrón (1 Tes. 5: 2, 4).

Una de las señales de los tiempos más sobresaliente es el retorno de los judíos a la tierra de Israel. Federico el Grande, de Prusia, dijo en cierta oportunidad: “Si queréis saber la hora en el reloj de la historia, observad a los judíos.”

Nuestra confesión de fe habla de la segunda venida de Cristo sólo como el juicio de los vivos y de los muertos. Para aquellos que están en Cristo, será el glorioso momento en que han de ser manifestados como los redimidos de Dios.

Para el mundo, la segunda venida significará el final del reinado de Satanás sobre el mundo, la cesación del gobierno del príncipe del mundo. Jesús viene a tomar posesión de Su propia herencia. Será la invasión de quien es el Dueño Mismo quien ha prometido: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21: 5). Entonces “la tierra será llena de conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren la mar” (Hab. 2:14). Por lo tanto, quienes aman Su venida, claman con San Juan “Ven, Señor Jesús” (Apoc. 22:20).

“No entiendo nada de lo que está diciendo”, me dijo una joven. Los demás, también, reconocieron que este territorio les era desconocido. Sin embargo, la conferencia a la que asistíamos no era para legos en la experiencia cristiana. Todas estas personas habían concurrido a la conferencia porque deseaban, en mayor o menor grado, ser enseñados en los métodos de proclamar el evangelio

en su medio. Para estos cristianos de convicción, la segunda venida de Cristo era terreno completamente desconocido.

“Cuando el Hijo del hombre viniere, ¿hallará fe en la tierra?”  
(Luc. 18: 8).



## 25. Dos Niñitas

*La Biblia no es una cuenta de banco congelada.*

UNA MADRE a quien visitaba en Suiza me trajo dos niñitas de diez años de edad aproximadamente. Una de ellas era su propia hija; la otra, era adoptada.

“¿Quiere decirles usted cómo deben hacer para ser hijas de Dios?”, me dijo.

“Las dos concurren a la Escuela Dominical, conocen la Biblia pero repetidamente me preguntan: ‘¿Cómo puedo llegar a ser hija de Dios?’ Yo no sé cómo explicárselo.”

Estábamos en una aldea, en las montañas de Suiza. El pequeño chalet estaba en las afueras de la aldea y se apreciaba desde allí un magnífico panorama de los Alpes.

Pedí sabiduría al Señor. Tenemos la promesa en Stg. 1: 5. “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios, el cual da a todos abundantemente.” Las promesas de Dios son ciertas. Yo creo que Dios se agrada cuando nosotros le confortamos con Sus promesas porque sabe entonces que tenemos fe.

Me senté con las dos niñitas en un banco frente a la casa.

“Vean”, les dije, “si yo quisiera adoptar a una de ustedes como hija mía, no sería fácil, ¿verdad? Tendría primero que completar muchos formularios. Insumiría mucho tiempo poner todo en orden. Pero, aun cuando todos los documentos estuvieran en orden, yo no diría:

‘Todo está listo. Ahora eres hija mía.’ No, yo esperaría hasta saber que en realidad me quisieran un poquito y recién entonces le preguntaría a una de ustedes: ‘¿Quisieras ser hija mía?’ Si me contestara ‘Sí, porque la quiero’, yo le diría: “Todo está arreglado. Aquí están los papeles. Hace mucho que estaban listos pero yo estaba esperando hasta que tú, tú misma me dijeras que me amabas y que querías ser mi hija.

“De la misma manera el Señor Jesús cumplió todos los requisitos en la cruz hace mucho tiempo. Todo lo que Dios exigía para aceptarte como Su hija se cumplió hace muchos siglos en el Calvario, cuando murió por tus pecados. Ahora Él te pregunta — y yo lo hago en nombre de Él — ‘¿Quieres ser hija de Dios?’

“Si tú le dices: ‘Sí, por favor, Señor, pues te amo’, entonces Él te dirá: ‘Todo está arreglado ya. He estado esperando tu respuesta mucho tiempo. Ahora eres mi hija.’ ¿Quieres dar esa respuesta al Señor Jesús?”

Espontáneamente, las dos se arrodillaron, y en su gracioso suizo-alemán, dijeron “Sí”, al Señor Jesús; y los ángeles del cielo se regocijaron.

Sus caritas estaban radiantes de felicidad, y aparecían más hermosas que las montañas del horizonte. El sol se había puesto ya, pero el crepúsculo alpino transformaba el mundo en un pedazo de cielo. Durante un rato largo quedamos las tres conversando acerca del mundo de riquezas al que las dos niñas terminaban de entrar.

Hijas de Dios.

Una vez más veía montañas en el fulgor del crepúsculo. Pero ahora, del otro lado del mundo. Estaba en una reunión de estudiantes en el Estado de Washington sobre la costa occidental de Estados Unidos. Alrededor de una fogata estábamos asando salchichas. Las clavábamos en la punta de un palo afilado y las acercábamos al fuego.

El tema de conversación era la conversión. Un muchacho me preguntó:

“¿Cómo se hace para llegar al punto de conversión? ¿Cómo se provoca? Usted habla como que fuera cosa fácil llegar a ser hijo de Dios.”

¿Eran las montañas en la distancia que trajeron a mi recuerdo las dos niñas suizas? Les conté a los estudiantes lo que había ocurrido en aquella oportunidad. Uno me dijo:

“Yo le dije ‘Sí’ al Señor hace muchos años, ¿por qué será que he retrocedido tanto desde entonces? Hasta dudo a veces de la seriedad de mi propósito en aquel momento.”

Un estudiante de medicina le contestó:

“Un niño se cayó de la cama. La madre le preguntó cómo le había pasado ese accidente, y el niño le dijo: “Y, mamá, habrá sido porque me dormí demasiado cerca de donde me subí a la cama.” Es lo que les pasa a muchos creyentes. Cuando se convierten, creen que ya han alcanzado la meta. Cuando uno se convierte y dice ‘Sí’ al Señor, no significa el fin de una experiencia nueva, sino el principio de ella. Es como si uno hubiera entrado por una puerta, la puerta de la conversión.

Entrar al reino de los cielos por la puerta de la conversión significa entrar a un mundo de riquezas. Todas las promesas en la Biblia llegan a ser patrimonio propio. Lo que sí, hay que aprender a manejarse en un mundo de semejantes riquezas. Hay que descubrir lo que significa: “Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por nosotros a gloria de Dios” (2 Cor. 1:20). Hay que descubrir la riqueza que uno tiene. Quien piense que la conversión significa que se ha llegado al final del camino en la vida, se caerá, porque se habrá quedado dormido demasiado cerca del lugar por donde entró.”

Yo agregué luego: “En el momento de la conversión la persona es inscrita en el cielo con todos los derechos y privilegios que la hacen multimillonaria en el sentido espiritual. “El cual nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1: 3).

La Biblia es una libreta de cheques. Cuando le dices “Sí” a Jesucristo, muchas promesas son depositadas en tu cuenta, y todas son firmadas por Jesucristo mismo. Ahora te toca cobrar los cheques si has de aprovecharlas. Cuando encuentras una promesa así y dices: “Gracias, Señor. Acepto esta promesa”, tú has cobrado un cheque y ese mismo día eres más rico que el día anterior.”

“Cantemos”, sugirió un estudiante. Las montañas resonaron con la canción “Cada día con Cristo más dulce es que el anterior.” Un joven comentó: “Eso es verdad si uno cobra no menos de un cheque por día.”

## 26. Los Hijos De Luz No Deben Andar En Tinieblas

*Bomberos que enderezan cuadros mientras la casa arde.*

ESTABA hablando en una universidad norteamericana sobre el tema del evangelismo.

“Si yo endezco un cuadro en la casa de uno de ustedes, no cometo ningún crimen, ¿verdad? Pero, si esa casa fuera presa de las llamas y yo tranquilamente me pusiera a enderezar los cuadros, ¿qué dirían de mí? ¿Me creerían tonta o malvada? Seguramente dirían que no soy solamente tonta sino malvada también.

“El mundo de hoy está en llamas. ¿Qué estás haciendo para extinguir el fuego? ¿Estás sentado en tu escritorio formulando conceptos teológicos? ¿Estás entrenándote para el campeonato de tenis? Ambas cosas son excelentes pero, ¿qué estás haciendo para apagar el fuego? Tus hermanos comunistas están ocupados constituyendo células. ¿Qué estás haciendo tú?

“Un comunista ha escrito: ‘Los únicos que pueden ayudar al mundo en su estado actual son los cristianos; pero ellos no se dan cuenta de ello.’

“¿No lo comprendes? ¿No ha dicho Jesús que eres la sal de la tierra, la luz del mundo?”

¡Hijos de luz!

A la mañana siguiente paseaba por el jardín del hermoso parque de la universidad con una bonita estudiante. “Dime”, le dije, “¿qué estás haciendo para llevar el evangelio a tus compañeros?”

Su hermosa cara se ruborizó, y me dijo:

“Me siento hondamente culpable esta mañana. De pronto me veo como un bombero que corre a enderezar los cuadros mientras la casa arde. Soy una persona muy apocada. He entregado mi corazón a Jesús y sé que soy hija de Dios. Hay, sin embargo, una parte de mí que es tímida, que vive dentro de mí, encerrada en la profundidad de mi interior y yo me esfuerzo cuando alguien trata de acercarse a mi intimidad. Siempre he creído que tengo derecho a mi propia vida. Hace poco di mi testimonio en una reunión de nuestro círculo y me comentaron que mi

vocabulario y estilo y voz eran buenos. Sé que puedo hablar en público. Pero, si lo hiciera, la gente traspasaría la barrera que me he construido, y eso no lo permitiré.”

“Jeannie, es sólo cuando somos crucificados con Cristo que podemos disfrutar del gozo de Su resurrección. La impresión de pérdida que dan estas palabras, se transforma en ganancia puesto que Cristo dice: “El que perdiere su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.” Encontrarás entonces que Su yugo es fácil y Su carga, ligera. El tiempo es breve. Perderse por la eternidad es cosa terrible; ser usado para la salvación de otros, es la experiencia más maravillosa.”

“Quienes nos rodean deben ver que somos ministros de Cristo a quienes se ha encomendado la administración de los misterios de Dios. En el análisis final, el requerimiento único de tales mayordomos será “que cada uno sea hallado fiel” (1 Cor. 4: 1-2).

En muchos lugares de Estados Unidos se realizan reuniones de oración con el propósito específico de pedir un avivamiento. Una de las grandes experiencias de mi vida ha sido hablar a estas personas que no sólo están agradecidas por su propia salvación sino que están llenas de amor y compasión por el mundo perdido en su pecado. Me siento a gusto con aquellos que han vislumbrado la única solución real para este día.

Pero, además de la oración, hay otro pre-requisito para el avivamiento. Para quienes contemplen este asunto con seriedad, deberá haber una disposición muy personal y muy completa de arrojarse de todo corazón a la causa del evangelio. Todo debe ser colocado sobre el altar.

Escuché un sermón por el Doctor Oswald Smith en una conferencia en Suiza, que me hizo una profunda impresión.

Tenía cuatro libros en las manos y preguntó al auditorio:

“¿Está todo sobre el altar? ¿Has perdido tu vida por causa de Cristo?  
¿Tu dinero? ¿Tu tiempo? ¿Tu familia? ¿Tu hogar?”

Colocó los cuatro libros sobre la mesa y enumeró:

“Este es mi dinero; éste, mi tiempo; éste, mi familia; éste, mi hogar. Sí, ¿mi dinero? Todo, excepto una suma que tengo en cuentas de ahorro, reservada para mis vacaciones.

“Así que, no todo mi dinero.” Y retiró uno de los libros de la mesa.

“Mi hogar sí... excepto que no puedo recibir a los niñitos de mi hermana enferma. Son tan desordenados que no los puedo tener de visita en mi casa.

“Así que, mi hogar tampoco.” Y retiró el segundo libro de la mesa.

“¿Mi tiempo? Ah sí, pertenece todo al Señor. ¿Y los quince días de vacaciones? Tengo derecho a ellos y ya he reservado una habitación en el hotel.

“Así que, mi tiempo tampoco.” Un tercer libro desapareció de la mesa.

“Mi familia, por supuesto que sí. Pero... no he permitido a mi hija cumplir su anhelo de salir a la obra misionera. Tenemos una familia grande, y ella debe quedar en casa para ayudar a la mamá.

“Así que. .. mi familia tampoco.” Retiró el cuarto libro.

El altar estaba vacío.

Salí de la sala de conferencias y me fui a caminar sola, escudriñando mi corazón. ¿Estaba toda mi vida sobre el altar? Me sentí profundamente emocionada. Entendía perfectamente lo que Oswald Smith había querido decir. No era cuestión de que Dios no permitiera a Sus hijos disfrutar de sus vacaciones. Acaso, ¿no nos dará Él abundantemente todas las cosas?

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Es que no puede haber excepciones de nuestra parte en este perderse por causa de Cristo. De nada vale ese “Todo Señor, excepto esta una cosita...”

¿Podemos gozarnos en el triunfo de la vida de resurrección si no hemos sido crucificados primero con Cristo?

¡Cuántas concesiones hacemos!

Me pregunto muchas veces cómo es posible que tantos cristianos vivan como mendigos, cuando somos hijos del Rey, sí, hijos de Dios. Hacemos nuestras una o dos de Sus promesas, pero la mayoría son negadas, o ignoradas, o rechazadas.

Si en realidad hemos sido bendecidos “con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1: 3), ¿por qué suspiramos tan a menudo? ¿Somos salvos en realidad? ¿O tiene razón el diablo cuando nos acusa de día y de noche? ¿Es cierto o no que hemos sido hechos “justicia de Dios” en Cristo? (2 Cor. 5:21).

Nietzsche ha dicho: “Quizás hubiera creído en un Redentor, si los cristianos se hubieran conducido como redimidos”. ¿No está escrito en Rom. 5: 5 que “el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado”? ¿Por qué no ve la gente ese amor en nuestros ojos? Vivimos como cristianos carnales.

¿Hemos de ser salvos como por fuego y nuestras obras quemadas?  
(1 Cor. 3:15).

Lo que si sé es que vivimos muy debajo del nivel de lo que en realidad somos en Cristo. ¿Cómo puede ser esto? ¿No será que no queremos en verdad, perder nuestras vidas por causa de Cristo? Si queremos salvar nuestras vidas, las perderemos.

¿Podemos entonces pedir avivamiento entre los demás?

¿En qué posición están nuestras iglesias a este respecto? ¿Hay alegría en mi iglesia al enterarse que en otra iglesia más fundamental o quizás más modernista que la mía, ha comenzado un avivamiento? ¿Se gozarán en mi iglesia por la conversión de veinte almas en una secta determinada que sostiene conceptos dispares en cuanto a la doctrina del milenio?

“Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean en nosotros una cosa: para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan. 17:21).

¿No?

¿Cómo puede entonces mi iglesia pedir un avivamiento?

¿Y qué diremos de mi prontitud en perdonar los pecados de otros? ¿Están en la profundidad del mar los pecados de mi prójimo? ¿Está bien resguardada en mis manos la reputación de los ausentes? ¿O están sus pecados tan bien amarrados a la costa que en cuanto se me pregunta algo de ellos puedo dar el más detallado informe de sus faltas, o de sus cualidades menos agradables?

Si esto es cierto de mí ¿cómo puedo pedir un avivamiento?

Si tengo tan poca comprensión de la realidad de las promesas de Dios que mis problemas parecen mayores que la victoria de Cristo, ¿puedo trabajar yo por un avivamiento al punto de orar por su cumplimiento?

Mándanos un avivamiento, Señor, que empiece primero en mí.

Más adelante hablé a otro grupo de estudiantes sobre el tema del avivamiento, y enumeré, entre otras cosas, las altas demandas que se hacen a aquellos que desean unirse en prepararlo por medio de la oración.

“Eso significa que yo no puedo orar por un avivamiento”, comentó Lucy.

¿Qué? ¿Me habría equivocado al mencionar tan elevadas exigencias? ¿No me convendría en el futuro ser menos positiva respecto a algunas de estas cosas? Quizás un poco menos firmeza sería más pedagógico...

Esa tarde, Lucy y John me llevaron a dar un hermoso paseo en automóvil por las montañas. Era un día magnífico. Merendamos en uno de los parques fiscales en la profundidad del bosque, y más tarde contemplamos una estupenda puesta de sol. Las sombras y luces del ocaso parecían dibujar las siluetas de grandes edificios y torres en el horizonte, que lo hacía aparecer como el país de las hadas en hermosos colores: oro, verde, rosado y azul.

“¿Piensa usted que el cielo será así?” preguntó Lucy.

“Cuando estés a las puertas del cielo verás tu vida en su real perspectiva”, le contesté. “Muchas veces me he enfrentado con la muerte. Parece que en ese momento se ve la realidad de las cosas; cada cosa en su verdadera proporción: las cosas importantes como importantes, y las cosas pequeñas aparecen pequeñas.”

“Yo creo que veré mis pecados muy grandes en ese momento”, dijo Lucy.

“¿Cómo los ves ahora?”

“Muy grandes también. Cuando usted habló de las elevadas condiciones que debemos cumplir antes que podamos orar por un avivamiento, pude ver que ni me acerco a su realización.”

“¿Y aceptas esa situación?” preguntó John.

“Bueno, sí. Es mi manera de ser supongo. Soy hija de Dios, pero por cierto que no soy mejor que muchos otros cristianos. Después de todo, somos humanos.”

“¿De dónde supones que provino ese comentario, del Espíritu de Dios o del diablo?” le pregunté.

“Pienso probablemente, que provino del diablo.”

“¿Y crees lo que él dice? ¿No sabes que es mentiroso y que lo ha sido desde el principio, que él no puede dejar de engañar y mentir? Si yo



siempre mintiera e hiciera alarde de ello, ¿Me escucharías? Por supuesto que no. ¿Por qué escuchas entonces al diablo?

“No te olvides que es un enemigo conquistado. Jesús vino para destruir las obras del diablo. Nosotros no debemos aceptar la responsabilidad de un solo pecado. “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan. 8:36).

“Recuerda lo que dijiste esta mañana: ‘No puedo entonces orar por un avivamiento’. Aquí está nuestro mundo, en completa bancarrota y tan angustiado que hasta el más indiferente aprecia su camino a la destrucción. No solamente hay millones de personas que viven sin Cristo, sino que también enfrentan una eternidad sin Él. El curso de la historia nos ha enseñado que Dios ha usado los avivamientos para salvar a miles de personas para la eternidad. Lo que tú puedes hacer es orar juntamente con otros por un avivamiento. Sin embargo, no lo puedes hacer mientras retengas tu egoísmo, tu orgullo o cualquier otro pecado.

“Está bien, entonces”, dices; y te aterra a tu ego y a tu pecado, tratando de convencerte que todo anda bien y que tu vida es muy agradable así. Lo que no ves es que estás ligado de pies y de manos y que, en tu esfuerzo de salvar tu vida, la estás perdiendo.

“Quieres disfrutar de la vida de resurrección de Cristo, pero te niegas a ser crucificada diariamente con Él, muriendo para la carne. El resultado es que no sólo llevas una vida espiritual empobrecida, sin nada en ella de la victoria en Cristo, sino que este mundo sangrante y al borde de la destrucción, se ve privado de un intercesor más. Despiértate y mira la realidad de esta verdad. Renuncia a tu vida por causa de Cristo, y la salvarás. La santificación no es una carga, sino una bendita liberación.”

Para este tiempo el sol ya se había puesto, y la oscuridad nos estaba acercando, aunque el cielo mostraba todavía algunos fulgores dorados. Antes de emprender el camino de regreso, los tres nos arrodillamos, haciendo una nueva entrega de nuestras vidas a Aquel que oró:

“Como tú me enviaste al mundo, también los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad” (Juan. 17:18,19).

## 27. La Vida Eterna

*Nada me podrá separar del océano del amor de Dios en Cristo Jesús.*

**M**E FUI hacia la popa del barco de carga buscando un lugar tranquilo donde pudiera disfrutar de un rato de soledad y quietud.

Me apoyé en la borda mirando la estela plateada que nuestro barco dejaba en la superficie del mar. Los delfines saltaban del agua. Siete gaviotas volaban a nuestro alrededor. Nos seguirían infatigablemente hasta que nos acercáramos otra vez a tierra.

Yo meditaba.

¡Qué cáscara de nuez era nuestro buque en la inmensidad del mar!

¡Qué criatura insignificante, diminuta, temporal soy yo! Entre mi nacimiento y mi muerte se me concede que viva en esta tierra por un período y después... la eternidad.

¿Exactamente dónde estoy?

Aquí estoy, abordo de una pequeñísima nave. En las enormes profundidades debajo de mí, el mar está lleno de la vida misteriosa de los animales marinos. Sobre mí, el cielo infinito del cual puede surgir la tempestad que podría hacer zozobrar esta pequeña embarcación. A mi alrededor, el mar en cuyas aguas han perdido la vida tantas personas.

¿Exactamente dónde estoy?

Vivo en un mundo donde reinan los demonios, adonde se desencadenan guerras, donde predominan la desesperanza, la crueldad y el temor, donde los millones de la China perecen de hambre, adonde yacen ciudades en ruinas en muchas ciudades europeas, donde las bombas atómicas son superadas en poder destructivo por las bombas de hidrógeno y otras.

¿Exactamente dónde estoy?

Estoy en un mundo que Dios amó de tal manera “que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan. 3:16).

Estoy sobre la tierra a la que pronto volverá Jesús quien ha prometido: “He aquí yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21: 5).

Un día la tierra, esta hermosa tierra “será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren la mar” (Hab. 2:14).

¿Exactamente dónde estoy?

Ya en este preciso momento, estoy EN ÉL.

Y debajo de mí están Sus brazos eternos.